



Lecturas hispanoamericanas

SANTIAGO MONTOBBIO
(Escritor)
smontobbio@gmail.com

POESÍA Y MEMORIA (Jorge Luis Borges)



Ya entrada la noche cojo en casa la poesía de Borges. Mi poesía de Borges, pues es la que él me firmó en el Paseo de Gracia -veo a un miembro de la editorial, o lo que fuera, acercársele y decirle al oído: Es su poesía completa, pues en principio allí se firmaba su último libro, *Los conjurados*, que también me firmó. Este verano leí algunos de sus libros de poemas en otra poesía completa que compré por nada –todo y nada– en una librería de segunda mano. Pero que es una edición que está nueva e impecable, y es muy bella. Pero no es la mía. Siento, al abrir ésta y empezar a leer en ella sus poemas que tengo por ella una querencia. Porque forma parte de mi vida. Como sus poemas. Y aún más lo hacen sus poemas en ella. Me parecía, al leerlos en la bella edición que había dejado en el apartamento de la playa, para allí tenerla y poder allí leerla, que no eran del todo los mismos. No eran tan míos. Estos poemas los he leído desde la adolescencia. Fueron, veo, un regalo de Reyes, pues está la fecha bajo mi nombre, y es: 6-I-83. Encuentro este objeto querido e incomparable que puede ser un libro y en él me adentro. Pienso y siento esto del libro, de este modo lo pondero en su valor y sus características

más ahora, esta mañana, cuando pienso que voy a poder proseguir su lectura junto a un café y mi madre en una mesa al sol de diciembre, en la terraza del Bauma. Anoche solo me adentro en los poemas, voy sumergiéndome en su magia, siguiendo sus pasos. Poemas, pasos de la magia y del misterio. Y memoria. Poesía y memoria. Porque estos poemas forman parte de mi vida, y aún más siento que es así al leerlos en el libro que los reúne y en el que por primera vez los leí y que el propio Borges al final de su vida me firmó. Empiezo por los libros finales de esta poesía completa, a la que se tenían que añadir aún dos posteriores, *La cifra* y *Los conjurados*, que tengo también en los libros de entonces. Empiezo por la parte final del libro. *La rosa profunda*. *La moneda de hierro*. Tantos poemas queridos. Llego a *Historia de la noche*, que pienso proseguir hoy, ahora, esta mañana. El poema dedicado a la Alhambra y que recuerdo está en ella, a su entrada. Leo sólo los primeros. Atisbo el título del poema “Manuel Peyrou” y recuerdo cuánto me gusta. Por este poema leí sus cuentos cuando se publicaron en España. Pero el poema es otra cosa. Es algo íntimo. En sí y para mí –y para todos. También el que dedica a “Enrique Banchs”, de *Los conjurados*, que sabía de memoria y me cautivó y emocionó desde que lo leí por vez primera. También así me pasó con este poema, “Manuel Peyrou”. Es –recuerdo– un poema precioso, delicado, íntimo, con un temblor y serenidad en la voz como es difícil lograr y alcanzar. El Borges más íntimo, que es el más delicado y el más alto. Así es, ha sido siempre al menos para mí. Y también lo he dicho. Ahora quiero decir, mientras escribo, antes de proseguir en *Historia de la noche* la lectura de estos poemas, cómo ellos me hacen sentir que la poesía es un ancla de mi vida y en mi vida, mi historia del corazón. Cómo algunos poemas que desde la adolescencia quiero me dicen –me dicen a mí, lo que soy y a lo que quiero– como pocas cosas pueden hacerlo. Y esto quiero decir, nada más. Decir este sentir. Que la poesía sostiene mi vida y la perfila, es su pasión, mi pasión desde la adolescencia, y en su consistencia tenue y sutil atraviesa el tiempo y a veces haría parecer que es un sueño. Y yo, adolescente, luego maduro, me acuno en ese sueño, me dejo llevar por esta música, soy más de verdad que en nada en esta música del tiempo, en este viento secreto, así siento que soy y he de ser hasta la muerte.

UNA VOZ QUE CREA UN MUNDO (José Antonio Ramos Sucre)



Recuerdo libros. Y los busco. Me salen al paso en la memoria y en las estanterías. Había pensado en libros queridos y leídos hace mucho, las *Palabras efímeras* de Paul Léautaud o la primera selección que hubo en castellano de los pensamientos de Joubert. Luego los leí completos, pero ya no tuve esa preciosa sensación de hallazgo. Compré también un grueso volumen con una selección del inmenso diario de Léautaud, pero leí algunas páginas. Lo podría leer, pienso, sería una buena lectura, pero aún más lo será la

de esos libros primeros –de Joubert y de Léautaud. Los encuentro en las estanterías donde deberían estar –y están. Alargo la mano a unos estantes que quedan más escondidos. Me sale la poesía de Jorge Manrique en la que pensé el otro día –como pensé en leer a Quevedo o el *Lazarillo*–, *Al sur de Granada* de Gerald Brenan comprado en una Feria del Libro y que debí poner en este lugar que queda más escondido y ya no vi. Y, aun antes que éstos, veo el tomo espléndido de la colección Archivos dedicado a José Antonio Ramos Sucre. Son ediciones espléndidas, aunque yo no necesito aparato crítico, me basta con los poemas, y los poemas ya los tenía. Los compré cuando los publicó Siruela por primera vez en España con el título de uno de sus libros, *Las formas del fuego*, con lo que dio a conocer una gran voz de América. Grande y poderosa y profundamente original como tal voz y en su visión del mundo, en la ordenación que hace, y en su tono y altura líricos. Es un libro que había regalado, lo que muestra cuánto en verdad me agradaba –porque regalas lo que te gusta. Y que he releído algún verano. Procuero releer los veranos algún libro que me gustó mucho. Es un buen deseo, y lo cumplo como puedo. Así un verano tuve el gusto de releer a todo Guillén o *La Odisea* de mi adolescencia o *El Quijote* o poetas que quiero. Un verano así, una vez, otra vez los poemas de José Antonio Ramos Sucre, magnos en el recuerdo. No suelo comprar distintas ediciones. Leo los poemas en los libros en que por primera vez los leí. Compré esta edición tan completa y voluminosa de su obra en Madrid, a muy buen precio, y recuerdo que tuve que cargarla por la ciudad un buen rato. No necesitaba, lo he dicho, su aparato crítico, de cuyo interés por otra parte no dudo. Pero vi que además de los poemas estaban las cartas del poeta, que no se encontraban en la edición de Siruela, y esto sí es un elemento de interés. Son pocas. Las busco y veo que son pocas. Cartas y algún texto poético más, textos perdidos y encontrados, textos no incluidos nunca en libro. Son los que componen el apartado “Apéndice” de este grueso volumen, y que fue por el que lo compré y lo cargué un buen rato mientras andaba por Madrid. Pero vale la pena, y por eso lo hice. Vale la pena aun antes de leerlos. La vida puede estar en lo que se susurra en una carta o un texto extraviado. Puede estar en algo que quedó al margen, en una olvidada confidencia a un amigo. Se puede encontrar en unas pocas cartas el crujido del corazón del poeta, digo crujido como si fuera una madera vieja. Pienso que lo son también estas líneas que escribo. Que no saben acabar y quizá no quieren acabar. Un poeta nos acompaña en sus confidencias, en sus susurros, en sus olvidos. Te acompaña mientras andas por las calles de una ciudad cargado con un grueso libro que contiene toda su obra y que tú has comprado por unos pocos susurros, te acompaña en la memoria, en el corazón. Canta como la música en la lluvia. Y se hace de noche. Se hace de noche él y se hace de noche en ti, mientras el mundo se rompe a pedazos y tú buscas una música mientras se hace de noche que te permite encontrarles algún sentido y recomponerlos de algún modo.

Empiezo este Apéndice que reúne textos misceláneos y sueltos de José Antonio Ramos Sucre, además de algunas cartas, con una “Granizada” en varias secciones, y que contiene aforismos. Unos pocos textos críticos –así llamados–, de poética, o de moral y poética, y las cartas. Cartas que no son todas y que a veces están troceadas. Algunas no se han dado, otras se han cercenado. ¿Qué habrá en estas cartas que no están, o en sus fragmentos omitidos? Tenemos las que podemos leer. En ellas algún juicio que impresiona sobre la conciencia de su propia valía lírica y también de su sufrimiento, lo único que conocía por ser lo que se había reproducido de ellas en la edición de sus poemas que publicó Siruela. Aquí, tal como lo recordaba: “Creo en la potencia de mi facultad lírica. Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria me recompensará de tantos dolores”. Al final de esta misma carta

escrita a su hermano en Caracas el 25 de octubre de 1929 otra impresión muy penetrante y muy reveladora:

Los juicios acerca de mis dos libros han sido muy superficiales. No es fácil escribir un buen juicio sobre dos libros tan acendrados o refinados. Se requieren en el crítico los conocimientos que yo atesoré en el antro de mis dolores. Y todo el mundo no ha tenido una vida tan excepcional. Solamente Leopardi, el poeta de la amargura. Alguien ha apuntado ya mi semejanza con el lírico y filósofo italiano. Lírico es el que habla de sus propias emociones.

Categoría y definitiva definición del lírico, y que debería bastarnos, pues es en esencia cierta, aunque el lírico, y lo lírico, es también la manera, la vibración en que se expresan esas emociones, aunque quizá ésta es también con la que se da, quiero decir que son emociones que ya sólo pueden tener esa expresión, constituir por sí mismas, por su naturaleza, por cómo son, una voz lírica. En la carta siguiente, también a su hermano, el año siguiente –1930–: “Yo no puedo mandar mis libros a Unamuno. No sé cómo puede conocerlos. La opinión del mundo castellano es que mi literatura es nueva y sin antecedentes”. Opinión verdadera. Recuerdo que Cernuda decía que había escritores que se incorporaban y continuaban una tradición y otros que creaban su propia tradición. Lo decía, creo, en relación a Aleixandre, pero también (quizá las dos cosas que recuerdo son ciertas) que el caso de estos últimos es también el de los que han de esperar que nazca un público para ellas. Creo que se podría decir de modo extremo respecto a la obra poética que creó José Antonio Ramos Sucre, que sigue siendo singularísima y única, mantiene esa feroz y potente originalidad, y especialmente insólita debía parecer a sus contemporáneos. En el final de una carta a Dolores Emilia, fechada en Hamburgo el 5 de febrero de 1930:

Por cierto, en toda Europa se es inmoral, se vive y se deja vivir a los demás. Los rugidos de la virtud antropófaga no se oyen por aquí. Los europeos trabajan espantosamente y son muy afables. Aquí nadie hecha maldiciones ni blasfemias. Éstos son países muy cultos. Yo debí nacer en Europa porque soy profundamente corrompido, o sea humano.

Un asterisco sobre la palabra “corrompido” nos lleva a una nota del editor, quien razona y nos explica que Ramos Sucre debió empezar “a escribir ‘compasivo’ antes de que se le ocurriera jugar con el sentido y sorprender a su prima con el inesperado ‘corrompido’”. La sorpresa de una palabra inesperada, también en ella la de un sentido extraño. Quiero transcribir esta confidencia a su prima en otra carta:

Pasado mañana cumplo cuarenta años y hace dos que no escribo una línea. Apenas puedo consolarme buscando la vida de enfermos ilustres a quienes la fatalidad apagó en plena juventud. Te ruego que no permitas la leyenda de que soy antropófago y salvaje y enemigo de la humanidad y de la mujer. Esta leyenda es obra de mis enemigos. Tú sabes que, al contrario, soy muy accesible, muy indulgente y jamás he lastimado a una mujer.

Se lo ha dicho de manera muy parecida en la carta anterior (“Lo mejor en Europa es la gente. Aquí todo el mundo es cortés y risueño. Tú sabes que personas interesadas han esparcido por allí que yo soy intratable. No dejes triunfar esa infame leyenda. Yo soy muy accesible y fácil”). Y en otra de las que la preceden, también a su prima: “La mujer es una criatura celeste”. Y la última carta, escrita en Merano el 25 de febrero de 1930 y dirigida al cónsul general de Venezuela en Ginebra:

Me voy a encontrar muy solo en Suiza cuando te hayas ausentado. Yo poseo el hábito del sufrimiento, pero estoy fatigado de la vida interior del asceta, del enfermo, del anormal. Leopardi es mi igual. Tú me habrías servido mucho y nuestra amistad es fraternal.

Es un juicio que estremece y que conocía ya por estar en la edición de Siruela. Lo reencuentro aquí. Encuentro también, como apartado final de este “Apéndice”, unos textos no recogidos en libro –así se presentan y anuncian. Leo al final de uno de ellos, “Comentarios a un crimen”:

Así pensando, pierden el tino esos retrógrados, porque el nivel moral se eleva con la más suelta condición de la mujer.

Por primera vez ejerció ésta con libertad sus facultades en aquella hora de la Edad Media en que el perenne batallar absorbía la atención de los hombres, alejándolos de sus hogares largo tiempo. Al amparo de esas circunstancias surgió la caballería, la más alta presea de la dignidad humana, por cuyo enterramiento el noble Gobineau acusa a Cervantes de haber aplebeyado el mundo.

Transcribo estas palabras porque me llaman la atención, y lo hacen porque pienso que no esto sino lo contrario habría que decir de la obra de José Antonio Ramos Sucre en relación con el mundo. Sus poemas únicos y originales, su voz única y como la de nadie han hecho el mundo más distinguido. Creo que así hemos de sentirlo. En sus aforismos iniciales, los que abren este Apéndice, leemos cómo se ha de escribir sólo como escribe uno, de la manera en que sólo a él le es dado escribir: “Es buen escritor el que usa expresiones insustituibles”. “Una lengua carece de existencia propia. Al lado del idioma abstracto, general e impersonal, recogido en los léxicos rezagados, existe el idioma singularísimo de cada artista del verbo y el idioma convenido de cada gremio de profesores o de oficiales”. Dice algo que me ha llamado también la atención: “La literatura siempre merece elogio. Es cuando menos un derivativo; el sujeto que la ejerce podría molestarnos con otra actividad más deplorable”. Puede ser. Es un pensamiento a tener. Pero no respecto a este poeta, a José Antonio Ramos Sucre, que hace con su voz única al mundo otro, otro y más hondo, más profundo, más triste, más grande. Aún más del hombre, un lugar que ha creado el corazón, el sentir y la voz de un lírico en el que perderse y encontrarse. Como también Cervantes, a quien no quiero pueda ponerse en duda, quizá por un rasgo de ingenio o humor, por una inesperada palabra que se pone en lugar de otra. En una carta nos dice, porque nos lo dice a nosotros además de a su hermano –y se lo dice por supuesto a sí mismo–:

Pon adjetivos originales, propios de ti, que sean la opinión tuya sobre lo que pienses o veas. Para ser original, te basta escucharte a ti mismo, evitando copiar. Pero no olvides que primero está la belleza que la originalidad.

No lo olvidó José Antonio Ramos Sucre, pues las dos están en su visión del mundo y su voz de poeta, una voz que crea un mundo, un mundo distinto y con que se ensancha el que teníamos, pues al por él creado hasta ese momento no lo conocíamos. El último texto de este Apéndice es un poema en prosa no recogido en libro y titulado “Residuo”. Quiero transcribirlo para decir con él y que él nos diga lo que he dicho, y que muestre también cómo es un placer y una muchas veces dichosa aventura –además de curiosa la de adentrarse en textos misceláneos y desconocidos. Quiero que este poema muestre el tono y el color, el aliento extraño y salmódico como el mundo que crea la voz de este poeta. Aquí y así por ello, para cerrar estas palabras “Residuo”, que además de un resto y un texto encontrado quiero que sea no sólo una despedida sino una bienvenida a la

obra de este poeta de Venezuela y del mundo todo, que haga las veces de invitación a leerlo y descubrirlo para quien no lo conozca:

Yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola.

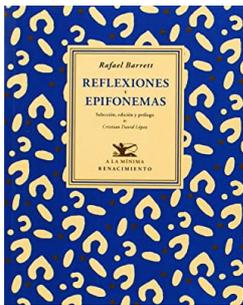
Salí a una ciudad ilustre y las vírgenes cerraban su ventana al acento de mi laúd siniestro.

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedras, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar?

Un árbol, emisario de la tormenta, azota el horizonte con su rama desnuda en el curso del día monótono. Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cenit de la cúpula del cielo.

(Ginebra, marzo de 1930)

EL AMOR, LA POESÍA (Rafael Barrett)



He pensado en otra lectura que será para mí un verano o me lo recordará, pues es libro que descubrí y leí en él, en un verano. Y quise escribir de las impresiones que me causó. Y creo que lo hice, pero es un texto que quedó abocetado. Lo abocetado o inconcluso, con todo, también sirve. También es. Y es verdad. Así es quizá la vida y es siempre quizá en el fondo escribir. Podría buscar ese texto. Lo recuerdo. He leído cosas que me gustan mucho estos días y he releído muchas veces los veranos –*Las islas invitadas* de Manuel Altolaguirre, los poemas en prosa de Eugénio de Andrade *Os vertientes do olhar* hoy mismo–, y quizá por esto he pensado en otro libro que me hiciera sentir también el verano, su advenimiento. O fuera para él una invitación al menos. He escrito a veces de los libros que he leído en verano, otras veces no he podido, algunas –creo que muchas– hacerlo ha quedado en propósito. Leo y disfruto. Así este libro del que creo escribí a medias y recuerdo un descubrimiento y una vivencia. Son las *Reflexiones y Epifonemas* de Rafael Barrett, libro que me hizo descubrir a este escritor también recóndito o escondido y con una vida entre América y España –Cantabria y Paraguay. Pienso que disfrutaré releyéndolo. Lo cojo y me sale su primer aforsimo o pensamiento y sólo esto de él leo antes de escribir lo que escribo. Magnífico principio para un libro. Dice, y se pregunta y se responde: “¿Qué es la poesía? El amor que descubre su propio ritmo”. Requiere escribirse y llevárselo corazón adentro. Otro escritor de esta tradición al que quiero, Paul Léautaud, escribió una frase que he dicho es para mí maravillosa: “El amor siempre proporciona talento”. Cuando la he recordado he dicho también que me gustaría pensar que es verdadera en arte y también que me gustaría adoptarla como

lema general para la vida. El amor, que ha de mover el arte, el ánimo con que se hace, lo que en él se dice. Y el amor, en arte, encuentra su ritmo. Es la poesía. La poesía es el ritmo que se descubre, que sólo quien la alumbra halla. He recordado también en ocasiones un membrete del poeta argentino Oliverio Girondo, y lo he hecho porque, igual que me pasa con la frase de Paul Léautaud, me gusta y lo creo verdadero. Dice en él Girondo: “La poesía siempre es lo otro, aquello que todos ignoran hasta que lo descubre un verdadero poeta”. Descubrimiento ligado a la poesía, y para él amor, amor que encuentra en ella su ritmo. *El amor La poesía* es el título de un libro del poeta francés Paul Éluard, y me viene ahora con toda justicia a las mientes. Porque han de darse juntos. Sólo así puede ser descubrimiento la poesía, fundar un mundo, dárselo como regalo misterioso a los otros. Desde el secreto ritmo con que se ha encontrado y se ha sentido.

Leo en la página 44 de este libro de Rafael Barrett: “En las paredes de nuestro calabozo está pintada la libertad”. A continuación este párrafo más extenso –y que lo es en extensión y en profundidad–:

Quiero la idea que avanza hacia lo desconocido sin mirar atrás; la idea clavada en las entrañas del misterio, en el fondo del agujero donde solo cabe una mano; la idea embriagada de soledad y de fe; la idea cuyos golpes no son oídos de nadie. Para ella no hay caminos, porque ella se los abre y no retrocede nunca; no hay propaganda ni comercio posibles. No está en poder de nosotros recompensarla, sino seguirla. Es el vértice sagrado de la humanidad en marcha.

Y el siguiente pensamiento: “Existir es un acto secreto. No se comunica sino lo que es común”. Sí, así es, pero a veces hay algunos espíritus intrépidos que se aventuran en ese secreto y ese misterio, y nos traen de sus tierras escondidas algunas palabras y algunas sombras, y luz en ellas. Luz en la noche y para lo oscuro. Para lo desconocido y no sabido. Para el misterio y el secreto íntimo y profundo del vivir, que es también su libertad. Así el de este escritor cántabro que tuvo que huir de Madrid, en una sociedad cuya aristocracia rancia inspiró una novela de Baroja (*Las noches del buen retiro*), como leo en el atinado prólogo a este libro, y que le agradó Montevideo por encontrar en esta ciudad el ambiente intelectual de Europa, una ciudad en la que no he estado pero de la que un jesuita que tenían como profesor mi padre y sus compañeros en el colegio les decía que se parecía a Barcelona. Aparece Barcelona en este prólogo y en la vida de Rafael Barrett, pues pasa por ella de camino a París, en su regreso en busca de una curación que no encontrará, y de ella le dice a su mujer en una carta: “Este es uno de los puntos del mundo en que se puede vivir”. Esto dice de mi ciudad este escritor, y es muy gentil. Y luego sus palabras, sus ideas, estas hendiduras en el secreto y el misterio, estos relámpagos en la noche –como he dicho es, ha de ser la poesía– de a quien América hizo escritor y fue maestro de los escritores de América, ya que, como reconoció –supongo que con gusto– Augusto Roa Bastos, otro escritor al que quiero muchísimo, “Barrett nos enseñó a escribir a los paraguayos”. Anotaciones, recuerdos, testimonios. Y la búsqueda y la entrega a la libertad a través del pensamiento y del arte, de su desconocido e imprevisible fulgor.

Y estos aforismos o pensamientos que encuentro en la página 47, y que cierran la sección de “Reflexiones”. Son tres. Dicen así. El primero:

No me habléis de patriotismo. Un amor que se detiene en la frontera no es más que odio.

El segundo:

La vida es un aire sutil, invisible y veloz, cuyos remolinos agitan un instante el polvo que duerme en los rincones. El inmortal torbellino pasa, torna a la pura atmósfera, a lo invisible, y el polvo se desploma inerte en su rincón. Los sabios no ven más que el polvo: palpan minuciosamente los cadáveres.

Y el tercero:

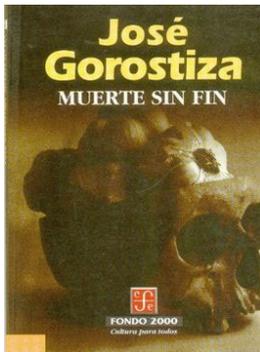
¿Qué es lo más interesante de la vida? –Lo imposible.

¿Y lo más piadoso? –La muerte.

¿Y lo más cruel? –¡Ay! La belleza.

El aire de la vida, de la verdadera vida, que se vuelve a lo invisible, y es el aire del verdadero amor y del arte, de la belleza que también puede ser cruel y terrible. Sentir ese aire, no necesitar ser sabio o cadáver. Sentir ese aire y que mueva de manera secreta nuestras palabras.

POESÍA SIN FIN (José Gorostiza)



Leí el otro día *La suave patria* de Ramón López Velarde, y recordé que eran versos que Borges recitaba de memoria y que pensé en su poesía en la nieve y la leí otra vez en la nieve. Está fechada el 15 de diciembre de 2001, y recuerdo pensaba en comprar esta poesía si conseguía escapar de la nieve en que mi coche había quedado atrapado al volver de dar clase en la sede central de la UNED, en Terrassa. Más nieve en el Vallès que en Barcelona, más frío y otro clima, aunque sean pocos kilómetros. Unas horas retenido. Y yo pensaba en esta poesía del poeta mexicano que quería leer y comprar – como debí quizá hacer al día siguiente, sábado. Y la leí muchos años después otra vez, otra vez también en un país cubierto o hundido de nieve. La poesía entre la nieve. Para poder salir de ella si es preciso, si es cerca además de belleza. Y pensaba estos días en *Muerte sin fin* de José Gorostiza. Otro poeta mexicano. Quería volver a leer este largo poema espléndido estos días, y ya en primavera. El otro día iba a empezarlo, pero no sé qué pasó. Releo –a fin de detectar erratas– los “Poemas con Jorge Guillén” escritos en mayo y veo empiezan con su recuerdo y su presencia. De *Muerte sin fin* de José Gorostiza –y otras cosas. Y empiezo este poema. Y me sorprende y me sumo en su fulgor. Y me viene al recuerdo Guillén, algo que no esperaba. Pero me viene unido al azul, el azul que está en los poemas de *Cántico*. El azul del vaso de agua, y de Dios. Aquí y así está:

¡Mas que vaso –también– más providente!
Tal vez esta oquedad que nos estrecha
en islas de monólogos sin eco,
aunque se llama Dios,
no sea sino un vaso
que nos amolda el alma perdidiza,
pero que acaso el alma sólo advierte
en una transparencia acumulada
que tiñe la noción de Él, de azul.
El mismo Dios,
en sus presencias tímidas,
ha de gastar la tez azul
y una clara inocencia imponderable,
oculta al ojo, pero fresca al tacto,
como este mar fantasma en que respiran
–peces del aire altísimo–
los hombres.
¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!

No recordaba esta iluminación, iluminación con la que digo la exaltación y celebración del ser, de su profundidad, su sacralidad y su misterio. Como en Guillén. Y así está en él, en este poema de la *Muerte sin fin* que canta y celebra también la vida de modo misterioso y rotundo, porque no hay nada más de Guillén que un vaso de agua y la forma que se colma y los objetos maravillas concretas. Así lo leo en *Muerte sin fin*:

Un cóncavo minuto del espíritu
que una noche impensada,
al azar
y en cualquier escenario irrelevante
–en el terco repaso de la acera,
en el bar, entre dos amargas copas
o en las cumbres peladas del insomnio–
ocurre, nada más, madura, cae
sencillamente,
como la edad, el fruto y la catástrofe.
¿También –mejor que un lecho– para el agua
no es un vaso el minuto incandescente
de su maduración?
Es el tiempo de Dios que aflora un día,
que cae, nada más, madura, ocurre,
para tornar mañana por sorpresa
en un estéril repetirse inédito,
como el de esas eléctricas palabras
–nunca aprehendidas,
siempre nuestras–
que eluden el amor de la memoria,
pero que a cada instante nos sonríen
desde sus claros huecos
en nuestras propias frases despobladas.
Es un vaso de tiempo que nos iza
en sus azules botareles de aire
y nos pone su máscara grandiosa,
ay, tan perfecta,
que no difiere un rasgo de nosotros.

Pero en las zonas ínfimas del ojo,
en su nimio saber,
no ocurre nada, sólo esta luz,
esta febril diafanidad tirante,
hecha toda de pura exaltación,
que a través de su nítida substancia
nos permite mirar,
sin verlo a Él, a Dios,
lo que detrás de Él anda escondido:
el tintero, la silla, el calendario
—¡todo a voces azules el secreto
de su infantil mecánica!—
en el instante mismo que se empeñan
en el tortuoso afán del universo.

He pensado en Jorge Guillén, y más lo pienso en los versos siguientes, en que se nombra a Francisco: “Pero en las zonas ínfimas del ojo/ no ocurre nada, no sólo esta luz/ —ay, hermano Francisco,/ esta alegría,/ única, riente claridad del alma”. El *Cántico* de Guillén es el *Cántico* de San Francisco, el de la celebración de los seres y las cosas en su humildad y dignidad, que son las de su verdad. Aquí, en estos versos, la alegría y la claridad del alma. Guillén y su *Cántico*. Y San Francisco antes. *Cántico*. Acción de gracias o alabanzas. También aquí, curiosamente —o no, porque estamos en México, se canta desde México y para el hombre todo—, porque se canta a la muerte. Y la búsqueda de la forma, búsqueda imposible, insaciable, como en esta sed es la poesía. Y la inteligencia:

¡Oh inteligencia, soledad en llamas,
que todo lo concibe sin crearlo!
Finge el calor del lodo,
su emoción de substancia dolorida,
el iracundo amor que lo embellece
y lo encumbra más allá de las alas
a donde sólo el ritmo
de los luceros llora.

La forma, el agua: “En el rigor del vaso que la aclara,/ el agua toma forma/ —ciertamente”. Y más adelante, para saber que es la poesía —que se trata de poesía, de poesía se habla y canta:

En el nítido rostro sin facciones
el agua, poseída,
siente cuajar la máscara de espejos
que el dibujo del vaso le procura.
Ha encontrado, por fin,
en su correr sonámbulo,
una bella, puntual fisonomía.
Ya puede estar de pie frente a las cosas.
Ya es ella, también, aunque por arte
de estas limpias metáforas cruzadas,
un encendido vaso de figuras.
El camino, la barda, los castaños,
para durar el tiempo de una muerte
gratuita y prematura, pero bella,

ingresan por su impulso
en el suplicio de la imagen propia
y en medio del jardín, bajo las nubes,
descarnada lección de poesía,
instalan un infierno alucinante.

De poesía, del agua y del vaso de agua a continuación se dice: “Pero el vaso en sí mismo no se cumple./ Imagen de una deserción nefasta/ ¿qué esconde en su rigor inhabitado,/ sino esta triste claridad a ciegas,/ sino esta tentaleante lucidez?”. Y también:

Hay algo en él, no obstante, acaso un alma,
el instinto augural de las arenas,
una llaga tal vez que debe al fuego,
en donde le atosiga su vacío.
Desde este erial aspira a ser colmado.
en el agua, en el vino, en el aceite,
articula el guión de su deseo;
se ablanda, se adelgaza;
ya su sobrio dibujo se le nubla,
ya, embozado en el giro de un reflejo,
en un llanto de luces se liquida.

Alma. Poesía y alma. Y el siguiente fragmento del poema que así empieza: “Mas la forma en sí misma no se cumple”. Podría decir más cosas. De este poema. Pero quiero decir que es extraño y místico, y una iluminación en su salmodia. Arrebatado y ceñido y también barroco, y a la vez nuevísimo, único. Te envuelve en su fluir arrollador. Porque es una iluminación sostenida. Cabe de él decir, con sus versos: “él, que labra el amor del sacrificio/ en columnas de ritmos espirales,/ sí, todo él, lenguaje audaz del hombre”. *Muerte sin fin* no acaba, no termina en su persecución y en su canto. Nos persigue aún. Porque este poema extraño y místico canta en su iluminación y su arrebatado no sólo a la muerte sino también a la vida y a la poesía, a la búsqueda de su forma y su sentido sagrado, y es por ello por lo que la poesía es, ha de ser siempre poesía sin fin.

FRAGMENTOS VERTICALES (Roberto Juarroz)



Pienso en los *Fragmentos verticales* de Roberto Juarroz, había pensado ya en ellos en primavera, con la intención de releerlos. Pienso hoy, ahora, esta tarde, y pensé en ellos ayer y hace dos días. Pienso ahora que los fragmentos de interior sobre los que acabo de

escribir y a los que he dado vueltas quizá me hacen recordar otra vez estos fragmentos verticales de Roberto Juarroz, que son altos y también muy hondos, raíces y alas de Juan Ramón en particular cristalización y manera. Para releerlos he de coger el segundo volumen de la *Poesía completa* publicado por Emecé en Buenos Aires, la editorial que era la de Borges, amigo de Juarroz y que está presente en un precioso, misterioso fragmento vertical –adjetivos que pueden predicarse de casi todos ellos. Lo he de coger del último estante de la biblioteca del despacho y para ello acercarme una pequeña escalera. Sobre este libro y otros –alto– estaba echado el libro de Novalis, quizá volverlo a ver me hizo tenerlo presente otra vez. Cojo el libro de este estante. Estos *Fragmentos verticales* sólo se encuentran en su *Poesía completa* publicada en Argentina. La lectura de los pocos libros que de Juarroz se publicaron en España me llevó al lógico deseo de leer su poesía entera, pero no era éste fácil de cumplir. En la librería La Central de Barcelona, donde la encargué, me dijeron que no podían asegurarme si llegaría, o si sería muy caro y que, en confianza, si tenía algún amigo o amiga argentina o que fuera a Buenos Aires le encargara que me lo trajera. Así lo hice. Una amiga argentina me dijo que a su madre le encantaría hacer este recado, y me la trajo, allí comprada, y bien de precio. Veo la etiqueta de la librería de Buenos Aires en la primera página del libro. Pone: Distal LIBROS. Florida 436. Y teléfono y correo electrónico. Los *Fragmentos verticales* son finales y además están al final, cierran la poesía de Juarroz. Lo sé. Pero abro el libro por la primera página impresa, y veo que son palabras de Porchia, Antonio Porchia en cuyas misteriosas y secretas voces pensé, y uní en mi pensamiento a estos fragmentos verticales de Juarroz. Estas palabras de Porchia abren el segundo volumen de su poesía, que se cierra con los *Fragmentos verticales*. Las palabras de Porchia son éstas:

Sin el misterio, todo sería muy poco, tal vez nada. Y creador del misterio es el poeta, pero el poeta como Roberto Juarroz, uno de los mayores poetas de nuestro tiempo. Es difícil elogiar a quien merece más que elogios.

Para el creador nunca hay nada por hacer. Pero lo que el creador hace es la prueba de que había algo por hacer.

En estos poemas cualquier palabra podría ser la última, hasta la primera. Y sin embargo lo último sigue.

Lo último sigue. Sí. Lo último sigue abierto, está abierto, principia. Es principio. Continúa y abre el ser. Así leo en el principio de este tomo de Poesía del que quería leer lo último que se encuentra en él y sé que este final, estos fragmentos verticales, no son un final, porque no terminan. Abren esta obra y la tienden hacia adentro y hacia el aire, la abren al misterio del tiempo. Voy al final de este libro, a los *Fragmentos verticales*, como deseaba hacer. Los abren unas palabras del propio poeta, de Roberto Juarroz. Así empiezan: “No ceder al discurso y retener únicamente los núcleos esenciales del pensar y la poesía, renunciando a la tentación del desarrollo, responde de algún modo a la naturaleza más íntima de la creación y la visión del hombre”. Tras un párrafo intermedio, que no es que no transcriba porque no sea sustantivo –quien conoce los poemas de Juarroz sabe que todo en ellos es, no puede dejar de ser sustantivo–, se encuentra éste que nos presenta o acerca más a este misterio que es el fragmento, que es también el de la poesía:

Hay dos modalidades del lenguaje mediante las cuales podemos acercarnos a expresar esos momentos, plasmándolos en síntesis que armonicen o se conjuguen con la fugacidad de esa presencia, sin alterarla o malograrla. No conforma aquí hablar de géneros literarios, porque esas dos configuraciones del lenguaje –el poema y el

fragmento— se apartan de todos los géneros y no son en rigor literatura. Ambos representan la más concentrada, despojada, rigurosa y también arriesgada expresión humana en el plano del lenguaje o mejor en su extremo. Algunas veces rozan la literatura y otras veces son lo contrario de la literatura o se manifiestan en sus márgenes.

Y, tras este párrafo, así se despiden estas palabras iniciales con que el poeta Roberto Juarroz presenta y abre sus fragmentos verticales:

Sin dejar de reparar en sus diferencias y variaciones, se reconoce en ellos una acendrada afinidad, por su estructura, sus exigencias y su proyecto interior. Además, tanto el poema como el fragmento han acompañado siempre al hombre, en todas las edades. Este libro sólo pretende ser otra tentativa de gestación del fragmento, como forma tangencial de la poesía y vislumbre de la arquitectura profunda y secreta de la creación humana.

Ahora queda leer estos fragmentos, como nos invitan estas palabras, que nos los presentan y acercan, sumergirse en su deslumbramiento y su goce. La primera sección de ellas se titula “Casi poesía”. Tiene estas palabras iniciales que preceden a los fragmentos propiamente dichos y que están numerados:

Casi poesía, no siempre la visión y la palabra coinciden hasta la suma del poema. Muchas veces sólo quedan algunos núcleos o gérmenes o márgenes o roces, como si fueran restos o quizá paradójicas ganancias de un naufragio. ¿Pero acaso es otra cosa toda la poesía? Tal vez se debiera entonces hablar aquí de fragmentos caídos, astillas de poemas, gestos de aproximación, trozos de materia poética de textos que no terminaron de nacer. Y consolarse con la idea de que nacer es un proceso que nunca termina.

Sí. Nacer es un proceso que nunca termina. Lo último sigue. Los finales no son ciertos, jamás terminan, escribí en un poema muy joven, a mis veinte años. No se termina de nacer, y por esto es posible aún la poesía. Porque la poesía es un nacer, es siempre un nacimiento. Y a la vez es algo último, último pero que sigue y se abre, invita y hace posible al ser, a veces en su envés, en lo oscuro o su otra desconocida luz. Lo último que sigue y el nacer que no termina son la poesía y le dan razón. Así hasta lo dicen estas palabras preparatorias a los poemas y fragmentos verticales de Roberto Juarroz, del propio poeta y de Antonio Porchia. Queda adentrarse en los fragmentos verticales y dejarse henchar/hendir por su resplandor y sus heridas, y confirmar al leerlo que así es la poesía y así son estos fragmentos, lo último que sigue y nacer que no termina.

P.S.

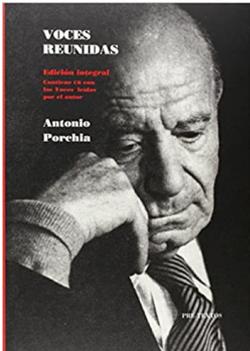
Encuentro, en el fragmento número 203 de la segunda sección de estos *Fragmentos verticales*, titulada “Casi razón”, uno relativo al término vertical y con qué sentido se emplea para estos fragmentos y la poesía toda de Roberto Juarroz, y pienso ponerlo aquí como posdata de lo que escribí antes de empezar la aventura que es su lectura, y para que sea el propio poeta quien nos dé casi razón en este fragmento de esta palabra vertical, su sentido y su misterio. Así dice este fragmento que lleva el número 203:

La poesía tiene un peso propio, como todas las cosas sobre la tierra. No siempre es fácil percibirlo. Pero la ley de gravedad que actúa sobre la poesía no involucra sólo una fuerza hacia abajo, sino también una atracción hacia arriba. Se trata de una doble ley o un doble sentido de la gravedad. A esto alude, entre otras cosas, el término *vertical*, aplicado a estos fragmentos y a la poesía que lo incluye en su designación.

Y, al seguir leyendo –en silencio– estos *Fragmentos verticales*, añado además como final uno, el que lleva el número 84 de la siguiente, tercera y última sección, titulada “Casi ficción”, que constituye una pregunta, y que quiero también lanzar como único, mero testimonio de mi nueva lectura de estos *Fragmentos verticales*, y compartirla con todos. Es ésta:

¿Qué presencia se desprende de leer en silencio a un poeta? ¿Qué presencia que no es él ni tampoco quien lee?

VOCES (Antonio Porchia)



“La poesía siempre es lo otro, aquello que todos ignoran hasta que lo descubre un verdadero poeta”: cojo un libro con la poesía de Oliverio Girondo y empiezo su obra por sus *Membretes*, en los que busco y encuentro éste, que siempre he recordado y a menudo citado, por parecerme por completo verdadero. *Membretes* y después *En la marmédula* y luego el principio, es decir, *Calcomanías* y *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. Tengo una antología de su obra, que es lo primero a lo que se pudo acceder de él en España, y su obra completa, publicada por Losada, que compré unos años después, cuando aquí se encontró. De momento cojo su *Antología*. Continuaré su lectura, y quizá complete con el volumen de la obra entera. Pero tengo cerca las *Voces* de Antonio Porchia, en las que pensé en primavera, en las que he pensado a veces, y empiezo a leerlas. Y siento que son otra cosa, como ya sabía. Son distintas, únicas. “Membretes” son el nombre que dio Oliverio Girondo a sus comentarios agudos y sentencias lapidarias, el nombre con que presentó y quiso distinguir lo que escribió en el género de las máximas o aforismos. Al aforismo define en un aforismo de juventud José Bergamín, y dice cómo vino a él y se le clavó en su corazón –si mal no recuerdo. Un género amplio en su particularidad y su extrañeza, que permite incluir en él (y se diversifique así quien lo practique) comentarios, notas, sentencias, quiero decir comentarios un poco más extensos o desarrollados o la pura saeta o flecha. No digamos tampoco la variedad de temas que puede abarcar y contener, además de la de registros, dentro de esa plural brevedad. Veo las *Apotegmas* de Juan Rufo en su edición en Clásicos Castellanos, que no he leído, y pienso que quizá sea el momento de leerlas y así lo hago. En el prólogo, Alberto Blecua apunta como una posible razón que se ha esgrimido al asunto de que no se reimprimieran, y cuánto así se hizo con la Floresta del Marqués de Santa Cruz, el que ésta última contenía dichos y pensamientos –decires y pensares– de hombres célebres, lo cual a la gente le gustaba más, igual que tampoco era del agrado de las gentes el que un solo autor lo fuera de tantos dichos. Posible razón, así lo apunta. Que hace pensar –y que nos asomemos a un abismo. Aborda Blecua también

la cuestión del ingenio, y si es o no –y hasta qué punto– propio de nuestro país, de los españoles. Luis Cernuda dijo que el ingenio era ya una característica, algo propio del carácter nacional. Así lo afirmó al hablar, precisamene, de las “greguerías” de Ramón Gómez de la Serna, otro nombre distinto para esta concreción particular de este género múltiple –y en la que hay ingenio pero también lírica, vuelo del espíritu. Está esta cuestión, el ingenio, está la variedad, las particularidades, y los distintos nombres. Juan Rufo incorporará al español como palabra propia del idioma y no sólo como una que se citaba del griego la de apotegma, y nos da la razón de lo que esto es en un atildado prólogo.

El nombre de Apotegma es griego, como lo son muchos vocablos recibidos ya en nuestra lengua. Trújole a ella, con la autoridad de graves escritores, la necesidad que había deste término, porque significa breve y aguda sentencia, dicho y respuesta, sentido que con menos palabras no se puede explicar sino es usado ésta.

Las palabras solas, las palabras únicas. Lo que sólo con estas palabras se puede decir –y es por ello de ésta y no de otra manera. Leo las apotegmas de Juan Rufo, y los poemas que les siguen. El poema a su hijo –pienso también en el poema de Lope. Y vuelvo a las *Voces* de Porchia. Sé que en ellas no hay ingenio, y no son aforismos –son otra cosa. Son naturaleza. Ya sé que el ingenio también es naturaleza, su vértice. Pero pienso en la naturaleza como espacio, como tierra. Y aire. Alas, raíces. Y que voz, voces, da idea de ese espacio, esa raíz y ese aire, tierra y vuelo, y de cómo pueden venir, llegar. Nacer. Pienso que en el primer poema de mi primer libro, “Ex Libris”, que escribí a los veinte años, se habla, hablo de voces. Lo que hay en él son voces –de voces hablo, voces siento. Abrió mi primer libro, *Hospital de Inocentes*, y se había podido leer ya antes en lo que fue mi primera publicación como poeta, pues era uno de los “Tres poemas” que publicó la *Revista de Occidente* en su número 84, en Madrid, en mayo de 1988. Me viene el recuerdo de este poema y la presencia en él de las voces y pienso que voy a buscarlo y refrescarlo. Éste es el poema “Ex Libris”, dice así:

No es bueno apretar el alma, por ver si sale tinta.
El papel sigue siendo el asesino –el asesino de ti–
y quizá es mejor que la sombra y que sus dagas
por antiguas voces descalzas vayan. Por antiguas voces,
muy lejos del número y sus cárceles, entre nieblas
olvidadas. Pero también pienso que con todo esto
tal vez puedas hacer algún día un cuadernillo;
que con todo esto –rojos, nieblas y niños
que se dicen adiós por las esquinas– quizá sí puedas
reunir unos ilegibles pedazos de diario
para con paciencia zurcirlos, tarde adentro,
hasta que torpemente formen un libro hecho de frío.
Y quizá sobre sus grises tapas de lluvia
puedas tú poner mi nombre antiguo
y, justo debajo, las sabidas fechas
de mi nacimiento y muerte. Y entonces
mi nombre pequeño allí, mi nombre –pobre–
que no sé ya si da pena o si da risa
así grabado en unas tapas
ante las que puedas abrazar las evaporadas siluetas
de unos tristes fantasmas sentimentales que no soy
pero que los viejos papeles tercamente dicen que sí fui.

Voces. Las *Voces* de Porchia. Tan únicas, tan distintas, tan solas. Nacen de una gran soledad y son una gran soledad. La sabe sentir Alejandra Pizarnik en las palabras que de ella se incluyen en la contraportada:

Asiento a cada una de sus *voces* con toda mi sangre y, lo que es extraño: su libro es el más solitario, el más profundamente solo que se ha escrito en el mundo y no obstante, releyéndolo a media noche, me sentí acompañada o mejor dicho amparada. Y también asegurada, tranquila, como si me hubieran dado la razón en la única cosa que yo rogaba tenerla.

Se incluye también en las que reproducen de Borges:

Los aforismos de este volumen van mucho más allá del texto escrito; no son un final sino un comienzo. No buscan producir un efecto. Podemos sospechar que el autor los escribió para sí mismo y no supo que trazaba para los otros la imagen de un hombre solitario, lúcido y consciente del singular misterio de cada instante.

La edición española de las *Voces reunidas* de Antonio Porchia tiene un nutrido apéndice. En sus anexos está la carta completa que le escribe Alejandra Pizarnik, y de la que entresacan –con acierto– estas palabras. Con acierto, sí, pero es en la carta entera donde está el diálogo, el encuentro. Soñado, quizá imposible. Leo las *Voces abandonadas* –el libro de las *Voces reunidas* tiene varios apartados–. Encuentro en ellas algo de lo que pienso, siento. En relación a estos verbos y conceptos, leo en una de las entrevistas que se encuentran en un anexo al final las palabras que escribió para el primer libro de Roberto Juarroz, las que abren el segundo tomo de su poesía completa. Estas palabras se encuentran en la *Primera poesía vertical* de Roberto Juarroz:

Leyendo o escuchando los poemas de este libro, *creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo*. Y por lo breve de este libro profundo, recuerdo: “Quien dice la verdad, casi no dice nada”.

Esto se siente también ante las voces de Antonio Porchia. Porchia dice su decir, el misterio que ante él se siente, y su carácter distinto. En estos anexos encuentro otras cosas, cómo de ningún modo piensa que escribe aforismos, el modo misterioso en que vienen las voces. Cómo nacen, cómo se dan. Brotan. Son voces y son flores –y hay una voz de las flores que ahora puedo ir a buscar:

Las flores no son para las flores, porque no hay flores para las flores.

“Para repetir hasta la voz” es un pensamiento quizá algo enigmático que escribí también a mis veinte años, y lo recuerdo, supongo que es natural que lo recuerde ante la llegada y advenimiento misterioso de estas voces. Voy a buscar algunas de ellas, algunas que siento dicen esta su misteriosa soledad y naturaleza. Leo así en *Voces abandonadas*:

Toda persona anónima es perfecta.

Lo más puro de nosotros se confunde con lo que no es nada, porque no tiene voz, y casi no tiene luz.

Quien es alguien, solo, siempre es solo.

Estar con alguien verdadero es casi un milagro.

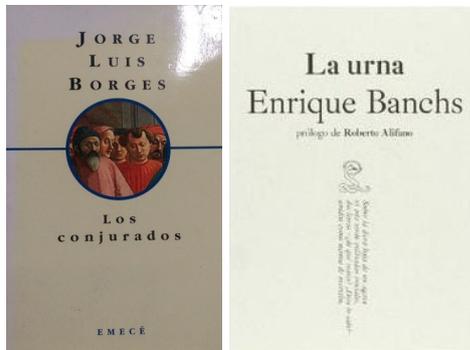
Ahora que eres todo alas, ¿qué levantarán tus alas?

Nunca serás grande para tu alma, si tu alma es grande.

Ando conmigo como si yo fuese alguien, sin andar conmigo.

“Esta fábula merecería ser muy antigua”, decía Borges, y así, algo así sentimos con estas voces. Sentimos que podrían ser anónimas, por haber dicho a todos y a nadie. En su casi voz, en el casi milagro que es alguien verdadero y la voz que encuentra, casi – podríamos decir– imposible. Casi es la palabra que antecede a los tres apartados de los *Fragmentos verticales* de Roberto Juarroz –“Casi poesía”, “Casi razón”, “Casi ficción”. En ese casi de todos y de nadie, en que un hombre de modo único puede sustraer lo más hondo de sí y lanzar al aire unas voces, voces que le susurra el misterio, la verdad escondida y que nos dicen en ellas a todos y a las que asistimos con asombro, un asombro que vuelve y se renueva cuando volvemos a encontrarlas y a leerlas. A ese casi que llega a ser un todo, único y anónimo, podría acercársele sólo –pienso, creo– la poesía. La poesía de la que está cerca. Que convoca. Que las hace nacer, las hace ser. Desde muy antiguo. Antiguas voces.

ENRIQUE BANCHS



El nombre fue que daba título al soneto de Borges que de *Los conjurados* yo más quise, de éste su último libro que me firmó en el Paseo de Gracia de mi ciudad, junto a su poesía completa: “Enrique Banchs”, sí, era el soneto –su título el nombre del poeta, del que nada había leído ni conocía– que cautivó mi corazón y mi memoria y siempre tuve adentro. Lo tuve adentro como algo precioso, algo, por tanto, que podría, merecería guardarse en una urna. *La urna* es el título de Enrique Banchs que pude leer muchísimos años después, cuando se publicó en España, y la urna es también el corazón. El tiempo, la memoria. Lo son los sonetos que este libro componen y releo esta tarde, saber y sentir otra vez cómo ellos nos dicen cuán cierto, cuán verdadero era el soneto de Borges, que a la vida y arte de este poeta hacía de espejo. Y aquí lo tenemos. Vida callada y misteriosa, como se ha sentido su silencio, su largo silencio posterior, tantos años. Creo que Borges habló en un artículo de sus bodas de oro con el silencio, cuando éstas se cumplían. Aquí estos poemas, esta voz. El amor y el dolor y lo que dan, aprendizaje único, como no otro, y por esto también distinto y apreciable, tal lo dice este soneto:

Motivos de aflicción me han puesto cerco
y a pesar de su rígida porfía,
no es razón de tenerlo a insulto terco,
sino cual preferencia y cortesía.

Al cabo esa su enérgica enseñanza
me da tan abundante disciplina,
que ni me hastía el bien ni el mal me cansa
si asunto de aprender ambos declina.

La edad de más afán me yace muerta:
lo que sufrí, pasó; mas me avigora
fuerza mayor y comprensión más cierta.

Aún el largo dolor de haber amado
de tanto me sirvió que estoy ahora
para amar nuevamente preparado.

Largo aprendizaje y que se da en un instante, y luego vertebra una vida, la hace, sencillamente, ser así. Hay un pudor y una reserva natural, o al menos yo lo siento así, que hace que no queramos hablar mucho ante el canto de un amor así. Que es una poesía y una vida. Nadie puede romper el silencio a veces, quebrar su respeto instintivo: así lo sentimos. Ante este canto de amor, un canto de amor que luego es misterio y es silencio y es una vida toda, y también quizá ante la verdad del hombre y el tiempo. A veces se recuerda a Borges, recuerdo su “Nadie rebaje a lágrima o reproche” con que empieza su célebre “Poema de los dones” ante este soneto que esta expresión como recurso emplea –pues la reitera– y así dice:

Nadie interrumpa con la queja vana
el gran silencio de la carne humana
que en inconsciente nada se resuelve
al sitio de antes que naciera vuelve.

Nadie se asome al sumidero lento
de sangre, donde todo el elemento
que amó fermenta en un montón sombrío
chorreando sin ruido en el vacío.

Nadie se asome que el llamar no puede
renovar ese adiós que nos precede,
ni hará que torne lo que fue mirada.

Que es la vida un bocado de alimento,
(pero no eterno) que voltea un viento
silencioso en las fauces de la Nada.

Amor es juventud, la verdad de la juventud, y lo sigue siendo. Da de ello testimonio un soneto que encuentro dos páginas después, y que precede al que Enrique Banchs dedica al tigre y Borges recitaba. Lo recitaba por su pasión por los tigres, lo sabemos, pero este tigre del que nos habla Banchs en el soneto es su odio y así nos lo dice (...así es mi odio), y recuerdo por ello una fulgurante imagen de Aleixandre que como tal sentí en mi adolescencia, “tigres del tamaño del odio”. Pero, antes de este poema del tigre y del odio, dos sonetos después del que preside Nadie, este soneto al que me refería:

Antes, sin conocer la delicada
felicidad de mi dolor, decía:
¡Dios quiera que se acerque pronto el día
que esté de olvido el alma traspasada!

Hoy, pensando en aquella fantasía,
me parece que fue una desdichada
blasfemia, pues jamás, nunca, por nada,
decir adiós a mi pasión querría.

Porque ella fue mi juventud y siento
que la viví por ella,
¡la juventud que se ha llevado el viento!

Pero que yo recuerdo cada día,
como quien por haber visto una estrella,
recuerda al firmamento en que lucía.

La tristeza y la belleza juntas en este sentir y esta memoria, esta vida y el amor que canta, como dice el final terceto de un soneto (“Así recuerdo, mi memoria es ésa:/ junta está la belleza a la tristeza,/ como dos rosas en la misma mano”). Preguntarse el poeta por este canto, por este escribir. Voy a dejar que sea él mismo así quien se pregunte, con la primera estrofa de otro soneto. “¡Cuánto escribí!... Y sin embargo nada/ ha dicho un poco, un poco de mi ser;/ ¡cuánto he deseado! y vedme: ¿qué deseada/ cosa llegué a tener?”. No quiero decir mucho. Nadie –sabemos, sentimos– debería decirlo. Ante la razón de amor que hace una vida, razón de pasión y de canto. Por esto espigo algunos versos, para que sean ellos y el propio poeta quienes nos digan algo de sí mismos. No sé si nadie podría o debería hacer otra cosa. Lo mismo siento con la despedida de estas líneas que para Enrique Banchs escribo, y por esto quiero que sea un soneto del propio poeta quien nos hable de las despedidas:

Despedirse de tanta, tanta cosa
que me tuvo tan larga compañía
y al fin y al cabo es lo que más valía,
viéndolo bien, ¿no es cosa dolorosa?

Porque yo escribo este soneto y siento
que divido mi vida en dos mitades:
una es de nube, se la lleva el viento,
y otra es de tierra, toda realidades.

Yo me pregunto si tendré la fuerza
de olvidar tanto sin que al fin se tuerza
la ilusión que es preciso me mantenga.

Y de veras no sé, no sé qué hacer...
Acaso nada, no sentir, no ver,
y dejarse llevar por lo que venga.

ANTONIO DI BENEDETTO



Estoy leyendo la novela *Sombras, nada más...* de Antonio Di Benedetto. Es su última novela, y está fechada el día que la compré, que es el día de mi santo –25 de julio– de 1988. Así que fue para mí un obsequio, algo que elegí para regalarme a mí mismo. No porque sí. Era un escritor que había descubierto y del que me agradaba especialmente su escritura. La leí entonces, supongo, pero siempre he querido releerla, por tener la

impresión de quizá no haberla acabado o haberla leído de manera demasiado discontinua y sin la atención que precisaba. La he traído este verano, por si brindaba la ocasión de volverla a leer, como quería hace tanto. Y así por fin lo estoy haciendo. Dudé en leer *Lord Jim* de Conrad, tras *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, pero pensé que esta escritura más moderna y distinta de Di Benedetto me haría cambiar más. Por la misma razón lea quizá tras esta novela *Cromos* de Felipe Alfau, que ha de ser también algo distinto. Estoy volviendo a leer esta novela de Antonio Di Benedetto y vuelvo a apreciar los valores de su escritura, que aprecié muchísimo cuando la descubrí adolescente. Esta escritura nítida y muy pulcra, como especialmente perfilada, como desnuda y muy sobria y a la vez especialmente rica en significación, y siempre a punto de sorprendernos con un giro imprevisto en sus palabras, en su decir. Di Benedetto murió poco después de la publicación de esta última novela y yo escribí un artículo a su muerte que publiqué en *El Ciervo*, y que distinguió en su Premio de Periodismo la Real Academia Hispano Americana de Cádiz. Es un escritor, pues, ligado a mi vida, pero no sólo por esto, sino porque el goce y el deslumbramiento que me produjo su escritura está en el principio de mi escribir, de mi amor por escribir y la intención de hacerlo, el atisbo de que mi vida iba a tener que cumplirse en él. Además de esta última novela, había leído de él lo que había disponible en España en ese momento, la preciosa *Zama*, que leí en la preciosa edición de Alfaguara. Creo que la compré en la librería que tenía El Drugstore, siempre tan bien surtida, y en la que me conocían, pues la tenían los que había sido dueños de Les Punxes, enfrente de casa, y a la que había ido por tanto desde niño. Sí, recuerdo haberla comprado ahí. Y *Caballo en el salitral*, el libro de cuentos, y *El hacedor de silencio*, en unas ediciones para obras del exilio. El libro de cuentos esté quizá comprado en la librería que montaban por los días en torno al libro y el Concurso de Abril en el colegio, en los jesuitas de Sarriá. Los premios que obtenías consistían en un vale para comprar libros allí. Podría comprobar si lo compré allí si estuviera en Barcelona, pues lo apuntaba. No lo estoy. Pero recuerdo que fue un descubrimiento mío. Los libros te llaman, despiertan a veces tu curiosidad y tu atención de un modo especial. Insistente. Quizá porque son para ti. Muchos años después fui adquiriendo y leyendo todos los libros de Antonio Di Benedetto, gracias a que los tenía la librería La Central. No eran baratos, eran caros, pero los adquirí y los leí. Quise hacerlo porque sentía, siento que es un escritor ligado a mi vida, y sobre todo porque está en ese principio. Me alegra por esto encontrármelo ahora en la relectura de esta novela este verano. Pienso en este principio. Ayer murió el Padre Vila. Siempre he tenido el recuerdo –pero es un recuerdo muy antiguo– que leí el primer libro de Onetti por indicación suya. Yo miraba los libros del colegio, para comprarme alguno con los vales de mis premios, y él me habló de este escritor uruguayo. Debían haberle dado entonces –1980– o hacía poco el Premio Cervantes, se había hablado de él, y le debió parecer interesante. Es un recuerdo antiguo, como digo, pero creo que es así. A veces lo había recordado. Quizá Ignacio no lo había leído, pero yo lo leí por primera vez por su indicación. Antonio Di Benedetto me lo descubrió el instinto, la llamada sólo del corazón, sin comentario de nadie. Y me parece una voz muy personal y muy valiosa. Con razón me agradó tanto entonces. Pienso en este principio, en la capacidad de aprecio y distinción –me refiero a distinguir– que se tiene ya en la sensibilidad en la adolescencia por la literatura, en su capacidad de goce y de disfrute las palabras empiezan. Empiezan en su amor, su fuego, su camino. Empiezan y están ya de algún modo como serán y se cumplirán en ese principio. Me acerco a ese principio, recuerdo y tengo cerca ese principio por varios motivos estos días –una muerte, una novela que releo–, y pienso que ese principio del todo no se ha ido, que de algún modo yo aún sigo en él y de algún modo también soy el mismo. Y por esto aún escribo.

P.S. ALREDEDORES DEL SILENCIO. Me ha venido esta mañana este título como posible para el cuaderno de verano que escribo. Se me ha ocurrido unido al pensar, o entremezclado con él, en torno a Antonio Di Benedetto, y he pensado que quizá había una relación soterrada por el título de su novela *El silenciero* o *El hacedor de silencio* – ha tenido los dos títulos–, y por la presencia del silencio, que se puede respirar entre sus palabras –y yo llamé la atención sobre ello en ese artículo de juventud que escribí a su muerte, ya desde su título: “Antonio Di Benedetto: silencios y otras palabras”. Quizá también por la presencia del silencio en mis palabras, y cómo éstas lo precisan y creo puede también advertirse en ellas, entre ellas. Lo he pensado antes de escribir esta prosa a él dedicada, y pensaba quizá comentarlo, pero ahora veo que no lo he hecho. Alrededores del silencio responde también a un motivo concreto y muy determinado: el silencio que empieza con la felicidad, como recordé dice Julio Ramón Ribeyro, y recordé y sentí así ser, de esta manera, al llegar a esta playa y ver otra vez el mar y los pinos y el cielo y el aire libre. Lo que he escrito ha sido manifestación de este silencio, de su sosiego y de su paz, de su bienestar. Alrededores del silencio.

TIEMPO DE ESCRIBIR

(Jorge Luis Borges, Felisberto Hernández, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo)



Leo –y cumplo así la intención ya larga de hacerlo– la novela *Teresa* de Rosa Chacel, y antes la “Advertencia” con que precede a ésta, advertencia que es como indica su autora insólita en una novela y de la que da razones de su necesidad, como de la misma novela. De las peripecias y metamorfosis en sus intenciones y su escritura destaca (y aún más lo destaco yo ahora) que el valor de sus páginas estriba ante todo en que éstas se escribieron en 1934. Fueron páginas escritas en 1934, escritas entonces. Esto no es baladí, y no lo es por muchas cosas. No lo es porque quiere decir, y la autora nos lo explica, porque entonces pudieron escribirse. Fue posible escribirlas. Esta novela respondió a la invitación de Ortega para su proyecto “Vidas extraordinarias del XIX”, y su primer capítulo se publicó en la *Revista de Occidente*. Respondía en la aventura de escribirla también a un propósito que para la novela vislumbró en ese tiempo Ortega, y que deseaba cumplir con la escritura de ésta Rosa Chacel, y así nos lo indica en esta advertencia:

“No en la invención de acciones, sino en la invención de almas interesantes veo yo el mejor porvenir del género novelesco”, había dicho Ortega en uno de sus ensayos. Que Ortega entreviese ese porvenir parecía muy prometedor. También era evidente que ése era el elemento de que más carecía la novela española, pero surgía la cuestión: ¿cómo se inventa un alma interesante?...

Creo que la novela es un logro, y he disfrutado con su lectura. Valga como afirmación previa a toda consideración lateral a esta verdad que la sustenta o tiene como pilar. Se lee hoy, ahora, con agrado e interés. Así me ha sucedido. Lo esperaba, pero así se ha cumplido. Pero me llama la atención, y yo quiero llamar la atención sobre este aspecto, que su autora vea su valor y hasta su razón de publicarla tantos años después, y así lo explica la novelista:

Como dije al principio, el recorrido que fue haciendo este libro por entre tan múltiples intenciones es lo que le da ahora cierto derecho a aparecer. Es, en resumidas cuentas, una carta que llega con retraso, pero que al fin llega a su destino. Y, claro está, una carta tiene estrecha relación con su fecha: si llega tarde, es necesario para entenderla tener bien en cuenta a qué respondía o qué prometía. La proposición a que aquí se responde es harto patente: novelar con ahínco y con fe la vida de una persona.

Rosa Chacel nos explica más en otro momento cómo eran y habían de ser, a qué tenían que responder estas vidas extraordinarias que constituían este proyecto de Ortega:

Las “Vidas extraordinarias” tendían a fijar nuestra atención sobre la persona; eran biografías, no novelas. En realidad, eran ejemplos de personas, porque novelar cualquier caso, más o menos original, era dable a todo el que supiera escribir –saber escribir era otra de las empresas del momento–; pero lo que no era dable, o, por lo menos, no se daba, era lograr la confianza en la verdad de una vida personal, tomar en serio a una criatura humana hasta el extremo de vivirla, de trasladarse a ella, de serla. Sin esto no hay novelas. (Larguísima digresión resultaría demostrar que las novelas actuales disimulan y hasta niegan este fenómeno de encarnación que son lo que llevan a cabo más íntegramente). Así, pues, las “Vidas extraordinarias” fueron puestas ahí por Ortega para ver si alguien se encariñaba con ellas.

Pero hay esta consideración fundamental, el creer que el valor que tienen estas páginas es el de que se escribieron en 1934. Pudieron –como nos aclaran y he señalado– escribirse entonces. Escribir en un tiempo, de un tiempo, y como en un tiempo, y lo inevitable e indefectible que esto es, y cómo lo podemos decir y nos podemos a ello acercar. Pero esto, en cierto modo –o en un modo hasta cierto punto absoluto– sucede siempre. Se escribe siempre en un tiempo, en ese tiempo y como ese tiempo. Tiempo de escribir es luego tiempo, tiempo así ya escrito. Tiempo de escribir es siempre tiempo. Y todo tiempo lo es de escribir –y lo es así, más lo que lo excede o supera y trasciende– y esto también está en el tiempo de escribir. Y Borges recuerda una pretensión juvenil en alguna introducción a algún libro de poemas, y es la de que él, en su juventud, quiso ser moderno, pretensión que con el tiempo supo falaz o ingenua, en tanto que todos fatalmente lo somos, porque somos hijos de nuestro tiempo y no podemos escapar a él. Somos, pues, de nuestro tiempo. También nuestros intentos. Lo es –y es también logro– este de Rosa Chacel. Pero en que es el propósito de un tiempo –y en él representa a éste– ve ella su mayor valor. Su novela me gusta, aparte y además de esto. Pero es cierto lo que dice. Una verdad. De su escritura y de otras. He recordado a Borges y lo que nos dice de su propia vida y afanes de escritor, pero el poeta argentino nos ha hablado de modo sagaz y penetrante respecto a esto en relación a otros –otros escritores, quiero decir. En este sentido, entre otros, sus referencias a Flaubert y el propósito que albergó al escribir su novela histórica *Salambó* y la realidad que ésta es. Borges se ha referido en diversos momentos a esta cuestión. Nos dice en uno de ellos que nada sabemos de la literatura de Cartago, pero sí que no era, no podía ser como la novela de Flaubert que intenta recrearla y a ella transportarnos. Porque, como nos dice también, al leerlo sentimos que estamos leyendo a un escritor francés, a un escritor francés muy

inteligente del siglo XIX. Y es que esta novela es hija de su tiempo, de un tiempo de escribir, y de las intenciones de los autores de éste. Las intenciones, las convicciones, los hábitos, el proceder. Leía en la prensa el otro día algún artículo con motivo del bicentenario de Flaubert, y en alguno de ellos se recordaba su afán por documentarse a la hora de escribir una novela, y de viajar a los sitios en que se ambienta para ello –afán que ha heredado y practicado también su gran devoto Mario Vargas Llosa. Borges nos ha dejado un comentario lúcido y penetrante de algo que resultó de ese proceder, y que cuando puedo yo leo en clase a los alumnos, al abordar la novela histórica y el siglo XIX. Borges lo cuenta en un libro de diálogos. Porque Flaubert viaja a Oriente para conocer los lugares en que iba a suceder su novela *Salambó*, pero que transcurría en Cartago, dos mil años antes. Borges nos cuenta:

–Flaubert se documentaba mucho, como usted sabe.

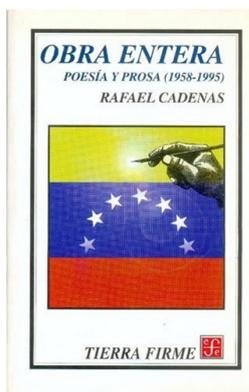
–Sí.

–Y curiosamente, eso le llevo a errores; por ejemplo, antes de escribir *Salambó* –para escribir *Salambó* él fue a Cartago– conoció Cartago, y vio cactus allí. Por eso hay cactus en *Salambó*, pero él no sabía que esos cactus habían sido importados de México (*rien ambos*). De modo que la observación era justa, pero esos cactus eran, bueno, futuristas, digamos.

Tiempo de escribir, tiempo con sus afanes y sus propósitos, sus intenciones, que a veces lleva a colocar cactus en un tiempo equivocado, a crear, como nos dice con ironía Borges, cactus futuristas. Tiempo de escribir, y tiempo para escribir y con el que escribir. He disfrutado con la lectura de *Teresa*, a la que su autora ve como su valor principal el que esté escrita en su tiempo (y pudiera entonces escribirse), y este disfrute y esta unión del escribir al tiempo me ha hecho recordar otro libro de Rosa Chacel que compré muy joven y me quedó por leer, y que me llamó la atención ya desde su título, un título que lo une al tiempo. Es *Novelas antes de tiempo*. Leo su prólogo al acabar *Teresa*, con la intención de leer luego el libro, estas novelas antes de tiempo que así le dan nombre, y así espero hacerlo. En el prólogo es cuestión principal también el tiempo, el tiempo unido al escribir. Las historias que quedaron en germen, que no habrá tiempo de desarrollar. Los proyectos, los bocetos, los fracasos. Y no fracasos, señales simplemente del tiempo que pide escribir, que necesita para cumplirse. En el prólogo Rosa Chacel nos habla también del género fantástico que aborda en alguna de estas historias y la particular aportación que a éste éstas son. Aportación a este género al que Julio Cortázar decía pertenecían sus historias por falta de mejor nombre fueron las de este autor argentino y otros que le precedieron, como Borges y Bioy Casares, una aportación más sutil y refinada en el cultivo del mismo que brindan al castellano este conjunto brillante de escritores argentinos. Pienso, cuando entramos en este tema, siempre en el valor singular, en la personal y muy destacada calidad de Silvina Ocampo. Borges y Bioy Casares, además de realizar sus aportaciones al género con las historias propias que escribieron, ayudaron a introducirlo y darlo a conocer al lector en español con la antología que compilaron, la célebre *Antología de la literatura fantástica*. Borges nos cuenta algo respecto a su título. Nos dice que no les gustaba poner el adjetivo fantástico en el mismo, porque se imaginaban a todas las señoras de Buenos Aires en las tertulias diciendo “fantástico, fantástico”, y esto les desagradaba, y es por ello que buscaron algún posible título y nombre alternativo. Pensaron así titular al libro *Antología de la literatura irreal*, pero comprendieron que el adjetivo irreal tenía algo de repulsivo, y que nadie compraría un libro así titulado. Así que las historias que contenía esta antología quedaron nombradas como literatura fantástica, por falta de mejor nombre. Lo recordé en un acto en el que participaba en Casa América de Madrid, el día

en que se cumplían cincuenta años de la muerte del escritor uruguayo Felisberto Hernández, quien realizó también una aportación singular y muy personal a este género difícil de nombrar. Y que nos dice también su tiempo, un tiempo de escribir. Nos habla también de los escritores que aun en ese tiempo de escribir, aun respondiendo a las motivaciones y estímulos compartidos, los realizan de una manera muy personal y atípica, y a ello deben, seguramente, que su tiempo sea también otro y también el nuestro, y lo vuelve a ser cuando los leemos. He estado diciendo algunos de sus nombres en estas palabras, y me agrada volver a decirlos ahora: Rosa Chacel, Borges, Flaubert, Cortázar, Silvina Ocampo y Felisberto Hernández. Con el deseo de que sean también de su tiempo, y les inviten a que lo sean al leerlos.

OBRA ENTERA, DE RAFAEL CADENAS



Leo el libro *Godos, insurgentes y visionarios* de Arturo Uslar Pietri, un libro que quería leer pero ha esperado para ser leído. Y en él tantas cosas. De América. Desde su inicio o encuentro, sobre sus raíces, su naturaleza, su formación. Sus misterios, su realidad compleja y única, su cultura. Sí, tantas cosas. Entre ellas el esclarecer el sentido del divulgado realismo mágico de la voz y la mano de uno de sus forjadores. Vuelvo a recordar algo que dice Arturo Uslar Pietri con motivo de la concesión del Premio Cervantes a un compatriota suyo, Rafael Cadenas, porque se hace notar que es la primera vez que este Premio lo recibe un venezolano. Arturo Uslar Pietri es venezolano. Recuerdo con agrado sus libros –*Las lanzas coloradas*, sus cuentos–, y este libro que tenía por leer me ha interesado muchísimo. Pienso en leer una novela suya que también ha quedado por leer, *Oficio de difuntos*. Quería releer a otro escritor venezolano que quiero, el poeta Eugenio Montejo, y me he llevado su poesía algún verano para ello, pero no he cumplido esta gozosa tarea. Espero hacerlo. Quería releer también hace tiempo a Rafael Cadenas, y me encuentro con que la concesión de este Premio hace que esté muy presente. Ya lo tenía yo en mi ánimo y mi voluntad de releerlo, motivada por el buen recuerdo de su poesía y prosa. Este detalle, que sea un venezolano quien por primera vez reciba este Premio, me hace recordar algo que dice Uslar Pietri en este libro, en el que une respeto y literatura. Así acaba un capítulo del mismo: “Cuando se llega a respetar una literatura es imposible no respetar al pueblo que la produce”. Quiero transcribir el párrafo final de este capítulo, para que se comprenda que Uslar Pietri se refiere a América Latina, no sólo a Venezuela, pero que se señale que su país sea distinguido en la persona de uno de sus escritores con esta medida de respeto me hace recordar esta convicción que tiene y las palabras con que la expresa. Éstas son las que conforman el párrafo final del capítulo en que se encuentran:

Si hoy se contempla a la América Latina con otros ojos, si hoy se la considera como una fuente de creación cultural, si se le da un rango y un tratamiento, que ya no es el de la simpatía benevolente o el del estímulo generoso, no se debe solamente al peso de su petróleo o de su hierro, de sus ganados y sus cosechas, de sus tres o cuatro centenares de millones de habitantes, o de sus industrias, sino también, y sobre todo, a la presencia creadora que le han dado sus grandes escritores y artistas en el escenario universal. Cuando se llega a respetar una literatura es imposible no respetar al pueblo que la produce.

Arturo Uslar Pietri habla, sí, de América Latina y no de Venezuela en estas palabras, y es un detalle circunstancial quizá de poca importancia éste que se ha señalado, ya que Venezuela contaba ya con escritores que estimamos. Pero así se ha hecho, se ha señalado, y recuerdo estas palabras del compatriota del poeta galardonado. Yo quería releer a Rafael Cadenas sin necesidad de que obtuviera esta medida de respeto. Que me alegra. Pero pienso que esto ha hecho que muchas personas lo estén analizando o comentando algo de él. Yo sólo quería releerlo, espontánea e inocentemente. Pienso luego que puedo igual hacerlo. Alcanzo por ello el libro *Obra entera* de un estante alto. Veo que indica la fecha de su adquisición y supongo que pronta lectura: 25 de diciembre de 2010. El día de Navidad. En el que debí obsequiarme con la obra de un poeta que quería leer y cuya edición me había llamado la atención. Es la edición del Fondo de Cultura Económica del año 2009. Recuerdo que me gustaron y llamaron especialmente los fragmentos, que están al final. Pienso en ir directamente a ellos, pero leo primero los poemas. Y luego, los fragmentos. Como están. Los primeros que encuentro son los que conforman *Anotaciones*. Y en ellos, ya en su principio, expresa la especial conciencia que de estos fragmentos, que de esta escritura en fragmentos tiene. Y se pregunta por ello. Da razón o rodeo en su razón. Así, tras una fulgurante y muy significativa frase que abre el libro y quiero también señalar (“El poeta moderno habla desde la inseguridad”), desde ella y de esta manera nos dice ya en su primera página:

La historia misma nos lleva, o nos trae, a la escritura fragmentaria. ¿No sentimos que los libros precisamente de quien tanto ha reflexionado sobre aquélla, los de Nietzsche, son como cuadernos de notas?

La fragmentación del mundo tal vez conduce al fragmento, o a todo lo contrario, a la obra ordenada. En este momento me inclino hacia esa forma de expresión, la que brota sin pretensiones al hilo de los días.

Nos dice poco más adelante, al principio de otro fragmento: “El lenguaje de la poesía mira al misterio, lo tiene presente; es lo que lo hace esencial”. Pero este misterio puede estar también, quizá menos visible, pero firme, sustentándolo, en un cauce que de manera aparente es otro –y en parte es otro. Puede estar también en esta escritura particular, sustentándola. Nos dice en otra anotación que une éstas –las anotaciones– a los poemas y expresa también este hacerse del escribir al hilo de los días, algo que puede darse también a través de poemas:

Los libros se forman solos. Van haciéndose al hilo de los días como una historia. Nunca me he propuesto “escribir un libro”. Ellos nacen, como mis palabras, en el vivir cotidiano. Mi reflexión es fragmentaria. Los “poemas” son momentos. Anotaciones.

Nos dice en otro momento:

A quienes nos cuesta la expresión, a quienes no usamos con soltura el idioma, a quienes las palabras se nos dan tasadamente, sin largueza, nos alivia lo que dice

Bollnow de Rilke: Su lenguaje no nace de la superabundancia. Muestra exigua de riqueza léxica. Más bien ahonda en ciertas palabras preferidas.

La facundia, la facilidad de palabra, la verbosidad abundosa constituyen a veces un peligro, cuando no van acompañadas por una vigilancia aguda; revelan una seguridad sospechosa; en todo caso tienen poco que ver con el espíritu, que es sobrio, y con el alma, que no suele correr.

Me hace pensar en algo que encuentro más adelante, y es considerar las cosas desde la orilla en que se está, desde la tierra que se pisa, mirarlas y hasta sentir las desde esa perspectiva. Es natural así hacerlo, supongo que inevitable, si se traduce un sentir. Así esta anotación, el pensamiento que está en esta anotación, viene de una vivencia del lenguaje y del escribir. Y está bien que así sea. Aquí se puede advertir, en estas anotaciones, que van seguidas entre las páginas 564 y 565:

Palabras como rasgones.

Escritura inmediata, urgida, penetrante, pero sin “designio claro.

Letras en la incertidumbre, no *belles-lettres*” [...]

Casi siempre al ponerme a escribir, balbuceo; eso es mi literatura últimamente, y no me siento mal en el seno de esta pobreza.

En cuanto a hablar, *je suis si lent*. Mis pausas son largas, imposibles para los rápidos. No podemos conversar.

Y en la página siguiente, la 566, hay una anotación que da razón de muchas cosas:

Me resulta trabajoso escribir, carezco de soltura, las palabras no acuden con facilidad a mi bolígrafo; pero no quisiera que fuese de otro modo: desconfío de la brillantez.

Me encantan estas afirmaciones. En cuanto a las posibles maneras de escribir y de darse en el escribir la lengua, pienso que hay más caminos posibles que el que se nos contrapone, como parece decir en algún momento Rafael Cadenas –es decir, de lo que él llama balbuceos a una se entiende que vacía y floja facundia. Creo que el lenguaje y el arte en él puede darse de más, infinitas maneras. Que tiene otras maneras de mezclarse, como se mezclan la poesía y la prosa y él sabe expresar con brillantez –algo que ha dicho que no le gusta, o de lo que desconfía– esta conciencia. Sí, así lo hace. Y que la poesía está en esta prosa, en esta manera especial de sentir el vivir y en ella decirlo y escribirlo: “Poesía y prosa” es el subtítulo de esta *Obra entera* de Rafael Cadenas. Título y subtítulo me parecen un gran acierto, como el así presentar su escritura, junta. Los fragmentos y los poemas, los ensayos más formales, hasta llegar a ese artículo sobre San Juan de la Cruz que constituyen *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* y en los que se entrecruzan ambos ámbitos, el ensayo y la poesía, y la poesía brilla en la prosa. Intentaré traer algún ejemplo de ello. Aquí un apunte que puede ser representativo de uno de estos rasgos que he indicado los distinguen:

Siempre es difícil saber dónde se está.

Trataté de situarme.

He buscado incesantemente la respuesta; claro, a través de lecturas. Tal vez ella no existe. Pero podemos vernos, sobre todo percibir nuestro lado oscuro, darnos cuenta de nuestra dependencia de algo que no tiene nombre, aunque tiendo a llamarlo la vida, y esperar ¿qué? El milagro, lo máximo, que acaso sea lo más corriente, pero visto de manera inhabitual, a otra luz, no usada.

Y éste del otro que también destacaba:

En una carta a una religiosa, dice hermosamente san Juan: "...adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor". ¿Será así realmente? Antes no tenía duda; de algún tiempo acá no estoy tan seguro. La frase, sin embargo, tiene el sello de la perennidad. Brilla como una joya en nuestras tinieblas.

Y, de estos finales Apuntes que cierran la *Obra entera* de Rafael Cadenas, esta frase maravillosa: "La humildad es un refinamiento". Porque la humildad es una altura. Hay que poderla tener. (No la tiene cualquiera).

Me he adelantado, me he ido al último capítulo o libro de los que constituyen esta *Obra entera*, por esta razón de que en él conviven y se entremezclan características particulares. Me agrada el cuestionarse a uno mismo, el sondearse. Desde el asombro que el escribir en sus manifestaciones causa. Me agrada también la manifestación de la conciencia con que se da el escribir, que es un por él preguntarse. También yo en mi escribir me he preguntado por estos cauces –poesía y prosa. Sus raíces y razones, sus trasvases, su convivencia. No es de extrañar por tanto que me agrade esta *Obra entera* de Rafael Cadenas, y su subtítulo, "Poesía y prosa". Pero la más rotunda expresión de esta conciencia unitiva se encuentra en así presentarlas, por supuesto. "Sin embargo, estas anotaciones están entrelazadas por un hilo subterráneo", nos dice en un momento, y es la poesía, claro, pero también la conciencia vigilante. Que se da en los ensayos más formales y en los fragmentos –"Anotaciones", "Dichos"– y en los poemas. Al ensayo titulado *Realidad y literatura* lo completa el titulado *En torno al lenguaje*. Lo completa porque esta conciencia de uno y otro el poeta (que nunca deja de ser poeta) expresa:

Creo también que estas páginas pueden servir de contrapunto a *Literatura y vida*, notas para un curso que lleva este mismo nombre, y al ensayo *Realidad y literatura*, que hoy me parecen bastante unilaterales, aunque en su descargo cabe una razón: busqué poner de relieve de modo que resaltara con fuerza inusual la dimensión menos valorada de la existencia, la dimensión de fondo, la no verbal, donde ocurre el contacto con el mundo circundante, y al querer destacar algo que se soslaya solemos cargar la mano y olvidar aspectos principales.

Dice muchas cosas en este profundo y personal ensayo Rafael Cadenas –de la educación, de la cultura, de la lectura, del lenguaje. Quiero destacar estas palabras respecto a éste:

Podría afirmarse que, en gran medida, el hombre es hechura del lenguaje. Éste le sirve no sólo como medio principal de comunicación, para pensar y expresar sus ideas y sentimientos, sino que también lo forma. Está unido en lo más hondo a su ser; es parte suya esencial, propia, constitutiva. En cierto modo conocemos a las personas por su manera de usar el lenguaje. Éste nos revela más que cualquier otro rasgo.

Del ensayo formal al fragmento. Tras éste, y leídas las *Anotaciones*, me encuentro con *Dichos*. Quiero poner tres entre los primeros –primero, segundo y cuarto–:

Nuestra morada es impenetrable, y la habitamos.

Sondear ese extraño que uno es. Pero ¿quién indaga?
Alguien perdido sale a buscar a alguien perdido.

Vivir en el misterio: frase redundante.

Y tres entre los últimos:

Sólo el niño ve brillar el barro.

Cuando nada pedimos, el mundo destella.

Tú creas la voz; pero ella también te crea.

Y aquí algo que se encuentra en los apuntes en que se convierte el artículo que el poeta quiere escribir sobre San Juan de la Cruz y que al final afirma no va a escribir y ha quedado transmutado en éstos:

En este proceso es posible que surja el sentimiento del misterio, lo cual, sin ser la iluminación de que hablan los místicos, bastaría para contrapesar los males de un mundo que tiene mucho de monstruoso.

Quería acompañar la lectura de la *Obra entera*, subtitulada “Poesía y prosa”, de Rafael Cadenas, decir algunas cosas sencillas para así hacerlo. Expresar también en ellas una conciencia del escribir, en el sentido de que nacen de una vivencia de éste y dan de él testimonio. Y si la poesía es el hilo que une un escribir, y lo sostiene y hace posible, pienso que sin más puedo ir a bucear otra vez entre los poemas para traer alguno aquí y que sean ellos los que estas palabras acaben y lo hagan, tal ellos son, como una herida y una pregunta y un misterio que tiembla. Aquí y por estos motivos algunos poemas de Rafael Cadenas:

LO GUIASTE
fuera del país
donde vegetaba,
el país de la pureza,
el país de la detención,
pero después tenía que seguir solo,
tanteando.
No había otra manera de volverte a encontrar.

MISIÓN
del amante:
arder
fuera de camino.

HE VIVIDO
cediendo terreno
hasta quedarme con el necesario
–un área invicta,
de nadie,
que un desconocido reclama.

NUNCA HE sabido de palabras
tanto como quise.

Relegadas en un tiempo,
no me buscan.

Yo también tengo, Auden,
the best dictionaries that money can buy.

Piezas que se alinean
con ahogo.

Nuestra vida es ardua,
queda atrás,
hierva.

No quiero estilo,
sino honradez.

OCURRE QUE DESPUÉS del laborioso forcejear
el poema
está donde menos se esperaba,
donde nadie lo buscó,
donde no se ve,
en el rincón más apagado.

Vino a dar ahí
burlando al que escribía, al lector, a la página.
Se deslizó hasta ese lugar
donde de pronto
es descubierto.
Aquí,
dice una voz queda.
Oculto
como un niño
en un cuarto
donde se guardan viejos muebles.

EL ENCUENTRO DE LA POESÍA (Con Raúl González Tuñón)



El encuentro de la poesía. El encuentro que es. Que en ella sientes, y en ella buscas. Y se da. Estaba leyendo el libro *La otra América*, de Arturo Uslar Pietri, que complementa a otro que leí con anterioridad, *Godos, insurgentes y visionarios*, y me queda poco para acabarlo, y así deseo hacerlo. Pero han sido días difíciles y busco la paz que pueda darme un rato en un jardín. Y la poesía. Es por esto que llevo a éste –al jardín– un libro con la poesía de un poeta que hace tiempo quiero releer, por el buen recuerdo que de ella tengo. Es la *Antología poética* del poeta argentino Raúl González Tuñón. Abro el libro en el jardín, y veo, con la misma fecha en que consta que lo compré –18-XII-89–, un poema escrito en su primera página en blanco, titulado “Romanche”. Es un poema curioso, y no recordaba que lo escribiera aquí y aquí estuviera por ello su original. Que ahora me encuentra. En la poesía, en la poesía y en la memoria, desde dentro de mi vida. Como algo que busco y también que está en mí, que me ha conformado como persona. Buscaba la poesía en un jardín y con los poemas de Raúl González Tuñón, que

en efecto en él –en el jardín– leo en parte, además de estar atento a las manifestaciones de la naturaleza que en él puedo disfrutar. Pero me encuentro también este poema mío, la poesía en mi vida, por y en mis poemas además de en los de otro. He dicho que es un poema curioso y es verdad. En sí mismo, por lo que dice y cómo lo dice, y por su destino. Al que se añade el encontrármelo aquí, en este libro, pues en él lo escribí. Destino curioso el de este poema, sí, raíces y razones de él. No se incluyó en un libro hasta que en 2016 formó parte de la antología de mi poesía de juventud que se publicó en Holanda con el título *Desde mi ventana oscura/Vanuit mijn donkere raam*. Es un poema que gustó a mi traductor al neerlandés, y por esto lo tradujo. Estaba ya traducido y lo incorporamos a algunas de las lecturas que en diversos lugares e instituciones de Holanda hicimos el año 2015, como en el espacio cultural “La Tertulia” en Amsterdam. El poema se titula “Romanche” y dice así:

¿Qué es esa luz que tiembla, madre,
y me estremece cada tarde?

Es Santiago
Montobbio de Balanzó, que traía
el amor, el humor y el dolor.
Tenía
que morir solo, en verdad
solo murió.
Pero al menos
le lloro yo.

Explicaba que el romance es una composición clásica de la poesía castellana, y que por tanto el título remite a ésta –a los romances–, y también en lo que dice y cómo lo dice. Como se puede observar, en el título se incorpora la letra h, que es muda pero puede significar alguna cosa –y quizá muchas. Entre ellas, por ejemplo, la de humor. Quizá es el humor la distancia con que se aborda lo que sería un romance clásico en este poema mío, pero no más –quiero decir que no es una burla o una parodia, sino una distorsión, pero respetuosa, y por ello cercana a cómo son las composiciones originales (los romances), que se revisan, simplemente, con humor. Humor que es también muchas cosas, como intentaba explicar. El humor no sólo es una concepción del mundo, sino también una manera de soportarlo, escribí muy joven y recordaba. El humor es salud. Quita hierro y peso a las cosas; da ligereza. El humor nos salva. Decía estas cosas, y también que me gusta una frase que empleaba Adolfo Bioy Casares, aunque creo que no es suya sino de un escritor francés, que comparto y también yo firmaría y en la que se dice que el humor es la forma más alta de la cortesía. Sí. Así que en este poema está el humor, y, como en él y junto a él se dice, el amor y el dolor. Y el nombre. Decía que tiene una particularidad que lo distingue entre todos los poemas que he escrito, y es que es el único en el que aparezco con mi nombre completo, con el nombre de pila y los dos apellidos. Explicaba aquel día en Amsterdam, por ser consciente que en muchos países no se usan dos apellidos, que en España sí se hace y aún más se hacía. Se ha reducido su uso, pero se conserva y es preciso para identificarte de modo completo y para dar más seguridad y carácter inequívoco a tu identidad en algunas cosas, en cosas oficiales, no sé, en las listas de exámenes, en las listas de clase, cosas así. Tú eres tu nombre de pila y tus dos apellidos. Tú, tu persona. Cuestión fundamental, y de la que algo podía decir desde mi formación jurídica, desde el Derecho. Porque el derecho al nombre es irrenunciable. Muy pocos derechos hay así, y el del nombre es uno de ellos. Puedes cambiarte de nombre, no no tener nombre. Es algo que va unido a la dignidad de la persona, a su misma condición de tal. Por ello, recordaba aquel día en Amsterdam, en

los campos de concentración lo primero que hacían los nazis era despojar de sus nombres a los prisioneros y sustituir este nombre con un número. Como si así les despojaran de su condición de persona. Números, no nombres. “Muy lejos del número y sus cárceles”, recordaba decía en uno de los versos que escribí también en los ochenta, a mis veinte años, y que se encuentra en el primer poema de mi primer libro, “Ex Libris”. Estas cosas decía a raíz de este poema en aquellos actos en Holanda, como el de aquel día en “La Tertulia”, en Amsterdam. Y otras. Del amor, del humor y el dolor, que están y se nombran en este poema y también lo están y se nombran como ejes fundamentales en algunos de los que había escrito tras veinte años de silencio. Lo que muestra el arraigo de las constantes y las concepciones.

Estas cosas decía, estas cosas me vienen al recuerdo al encontrarme el original de este poema en un libro con la poesía de otro poeta que me llevaba para leer en un jardín. El encuentro de la poesía. En la poesía de otro y en tu propia poesía. El encuentro que es, que como tal buscas y como tal se da. Siento la paz del jardín, también la sed que calma el agua de la poesía —esta agua que nos salva. Leo los poemas de este poeta argentino, Raúl González Tuñón. Siento la luz, el aire. Los árboles, los pájaros. Pienso, tras estos días complicados, difíciles, en ir a buscar el encuentro que es la poesía. También la naturaleza. Por esto vamos con mi madre a este jardín que tenemos la suerte de tener al lado de casa. Pienso que hemos de ir algún día al mar, como hacíamos. Le enseñaba el otro día a mi madre cómo uno de mis libros empieza con un texto titulado “Mar”, de uno de los primeros días de enero, en el que ella y yo estamos en el mar de Barcelona, nuestra ciudad. Íbamos con frecuencia. Así consta en los textos que escribía. La pandemia ha roto y luego reducido nuestra vida. Pero pienso que podemos recuperar el ir al mar. Buscar en él, que sea encuentro, como la poesía y el jardín.

Leo así poemas de Raúl González Tuñón en un jardín hace dos días, y pensaba proseguirlos hoy, sábado, pero no puedo ir con mi madre y por esto los leo en casa. Estaba en el último poema de los que se incluyen del libro *Todos bailan*, de 1935, y del que me gustó “Lluvia”. Y los demás. Por esto vuelvo a leer los poemas que hay de este libro. En el primero, titulado “Recuerdo de A. O. Barnabooth”, leo en su principio:

¿Qué diré de mi vida, bah, de mi vida, que como la de A. O. Barnabooth
nada quiere saber sino esperar eternamente cosas vagas?

Mi vida está en los puertos del mundo mirando países,
barajando pañuelos de inútiles partidas e imposibles retornos.

En las viejas calles de las ciudades muertas
en donde el pasado es algo tan vivo y tan presente y tan humano
que sentimos su olor como en los sótanos se huele la humedad.

Y así acaba el poema:

Y en mi esperanza de no sé qué fiebre, qué pasión, qué dolor
que un día vendrá para salvarme.

Esperar, esperar en una esquina,
encender un cigarrillo
y escuchar con asombro, con miedo, con nostalgia,
la música amontonada del mundo.

Así empieza el poema “Lluvia”:

Entonces comprendimos que la lluvia también era hermosa.

Unas veces cae mansamente y uno piensa en los cementerios abandonados.

Otras veces cae con furia, y uno piensa en los maremotos que se han tragado tantas espléndidas islas de extraños nombres.

De cualquier manera la lluvia es saludable y triste.

De cualquier manera sus tambores acunan nuestras noches y la lectura corre a su lado por los canales del sueño.

Tú venías hacia mí y los otros seres pasaban.

Leo más adelante en este poema:

Acaso los rostros amigos, las fotografías, los paisajes que hemos visto juntos, tantos gestos que hemos entrevisto o sospechado, los ademanes y las palabras de ellos, todo ha desaparecido y estamos solos bajo la lluvia, solos en nuestro compartido, en nuestro apretado destino, en nuestra posible muerte única, en nuestra posible resurrección.

Te quiero con toda la ternura de la lluvia.

Te quiero con toda la furia de la lluvia.

Te quiero con todos los tambores de la lluvia.

Te quiero con todos los violines de la lluvia.

Y al final del poema:

Estoy lleno de tu vida y de tu muerte.

Estoy tocado de tu destino.

Al extremo de que nada te pertenece sino yo.

Al extremo de que nada me pertenece sino tú.

Sin embargo yo quería hablar de la lluvia, igual, pero distinta, ya al caer sobre los jardines, ya al deslizarse por los muros, ya al reflejar sobre el asfalto las súbitas, fugitivas luces rojas de los automóviles, ya al inundar los barrios de nuestra solidaridad y de nuestra esperanza, los humildes barrios de los trabajadores.

La lluvia es bella y triste acaso nuestro amor sea bello y triste y acaso esa tristeza sea una manera sutil de la alegría. Oh, íntima, recóndita alegría.

Estoy tocado de tu destino.

Oh, lluvia. Oh, generosa.

La muerte en Madrid, de 1939, puede hacernos pensar en la vinculación con España. Recuerdo que a petición del director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, solicité una colaboración para su *Repertorio dariano* a dos distinguidos hispanistas amigos, Ester Abreu Vieira de Oliveira y José María Balcells. José María Balcells entregó el texto titulado “Presencias de Darío en Miguel Hernández y un eco de González Tuñón”. Leía en estos libros lúcidos sobre América de Arturo Uslar Pietri cómo comenta que Rubén Darío sólo podía ser americano, de América Latina. Se sabe cómo se le quiso y sintió como propio en España. En este texto de mi amigo José María Balcells está junto a Raúl González Tuñón, unidos por el poeta en el que es un gran especialista, Miguel Hernández. España y América Latina y la convivencia y el puente y vinculación que se da a través de sus escritores es asunto de especial relevancia, y del que quizá pueda ni que sea hacerse un apunte otro día –espero que pronto. Ahora leo los poemas de Raúl González Tuñón, y en uno de ellos, “Por la calle, en constante

exaltación lírica” (un título, ahora pienso, que podía haber firmado y referido como propio de momentos de creación mía, y creo que a mi manera de algún modo así lo he dicho), leo algo sobre el poeta que recordaba como un lúcido acierto: “(El poeta no es un elegido, no, pero es un poeta)”. Éstos son los versos que lo anteceden y llevan a este último que como sentencia recordaba:

Dije sin querer una palabra.

Descubrí ese clima entre el hombre y las cosas, los sueños y los elementos, que es la poesía.

(El poeta no es un elegido, no, pero es un poeta).

En el poema “El poeta murió al amanecer” leo estos versos y pienso que seguramente Raúl González Tuñón desearía que respecto a él se sintieran, se sintieran podían decirse de él, y creo que sí puede así hacerse. Son éstos:

Fue un poeta completo de su vida y su obra.
Escribió versos casi celestes, casi mágicos,
de invención verdadera,
y como hombre de su tiempo que era
también ardientes cantos y poemas civiles
de esquinas y banderas.

Hemos visto poemas combativos en *La muerte en Madrid*, y las preciosas elegías –que son dos preciosos poemas– a su hermano muerto, “Enrique González Tuñón (1943)” y “Enrique”, nos hacen pensar en lo ciertos que pueden sentirse estos versos para hablar de él como poeta y de cómo tal quiso ser y darse. Hay algo íntimo ligado a la memoria y los recuerdos también en poemas del libro *A la sombra de los barrios amados*. Leo el final del primero que de él se incluye:

Todo se ha ido ya, los verdes años,
el almacén, la ochava, la fregona,
el *Ainenti*, la guerrilla literaria,
el caricaturista de café, la yiranta,
las “Camas Desde un Peso”, la Kermesse,
el varieté, el vendedor de globos,
Yrigoyen, Alvear, los Presidentes
que antes andaban por la calle...
Todo aquello que cabe en el recuerdo.

La nostalgia es un cuarto donde habita el insomnio.

Todo se ha ido, todo, menos *lo que vendrá*.

Y la lluvia, los circos, la esperanza, el cartero.

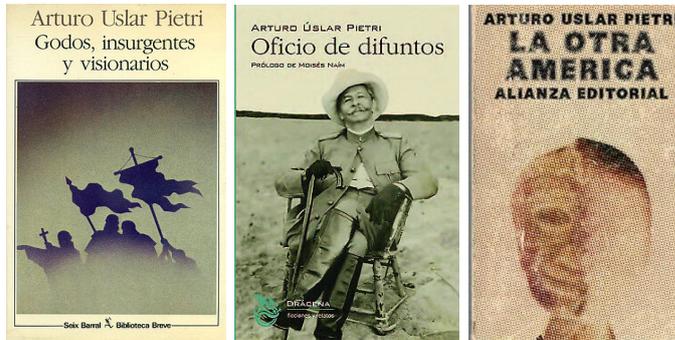
Estoy leyendo a Raúl González Tuñón, y sus poemas me hacen pensar como verdadero algo que en ellos del poeta dice. Esto leo en el primer poema, titulado “Katherine Mansfield”, del último libro que en él se incluye, *Demanda contra el olvido*:

Su vida fue un poema lánguido y penetrante
y, como todos los poetas muertos,
cada vez que alguien sueña retorna.

Y vuelve a irse cuando muere un sueño.

Soñamos a un poeta, lo leemos. Vuelve a estar vivo cuando lo leemos. Tiene algo de sueño que vuelve un poeta, sí, algo de figura ligada al sueño. Y a la voluntad y deseo de encuentro que la poesía sea. Que es.

APUNTE DE AMÉRICA (A partir de Arturo Uslar Pietri)



Tenía tres libros por leer de Arturo Uslar Pietri, *Godos, insurgentes y visionarios*, *Oficio de difuntos* y *La otra América*. Los compré en la Feria del Libro –libros rescatados de ediciones de hace años–, y los compré porque es un escritor que aprecio. Puede dar muestra de ello el que comprara una edición que veía con sus cuentos completos en una librería de Barcelona. Había leído ya varios de los libros de éstos –de cuentos–, pero esta edición completa de los mismos incluía alguno que no había leído. Y por esto la compré. Porque deseaba leerlos de manera íntegra. Porque es un escritor que aprecio. Aprecio su matizada y rica escritura. También la de las novelas que había leído –*Las lanzas coloradas*, *La isla de Robinson*–. Y, para completar el conocimiento que tenía de su obra, tenía pendiente la lectura de estos tres libros que me salieron al paso. Leí en primer lugar *Godos, insurgentes y visionarios*. La densidad, penetración y lucidez de su reflexión y visión de América –su juicio pero también su sentir, casi su adivinación– que hay en este libro me agradó muchísimo. Leí luego la novela *Oficio de difuntos*, con cuya lectura disfruté, en la que volví a degustar su escritura, y estaba ya acabando *La otra América*. Temas, pensamientos y personajes se entrecruzan en estos dos libros dedicados a América. Tengo éste que ha sido el último en mi orden de lectura –*La otra América*– más presente, y de él puedo traer una visión de Simón Rodríguez, el pedagogo y maestro de Bolívar. La novela *La isla de Robinson*, como nos dice en algún momento en estos libros Arturo Uslar Pietri, recrea su vida y su aventura –el mismo Simón Rodríguez se dio a sí este nombre–, y el acercamiento a su figura en las páginas de estos libros me ha hecho tener ganas de releerla. Traigo esta visión de Simón Rodríguez de uno de los textos de *La otra América*:

En distintas formas era el mismo asombro que el viajero francés Paul Marcoy sintió una noche de 1850 y tantos, en una remota aldea de los Andes peruanos. Entró al único miserable ventorrillo abierto. Junto a la humosa cocina, donde una chola se atareaba, estaba en cuclillas, envuelto en su manta raída, un hombre que parecía un viejo mestizo de la sierra. Mientras calentaban algo de comer se puso a hablar del camino y las durezas del trayecto. Al rato estaban hablando en francés de las doctrinas de Saint-Simon, del significado de la Revolución y de los problemas de la educación en la América Latina. El inesperado contertulio era Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, visionario del Nuevo Mundo y acaso el hombre más penetrante y original de la América de su tiempo.

Habla de muchas cosas en estos libros Arturo Uslar Pietri, y lo hace de manera profunda y sabia. Quiero traer lo que dice al principio del texto “Tres testimonios del arte hispano-americano” de *La otra América*: “Hay muchas maneras de acercarse a ese fenómeno que se llama la América Latina, que no es fácil de entender ni fácil de penetrar”, a lo que más adelante completa: “Yo tengo para mí que una de las maneras más válidas de acercarse y de tratar de entender este mundo tan rico en contradicciones, con tanto carácter, con tantas posibilidades, con tan rica experiencia, está en el arte”. Y éste es el final de este texto:

Es así de importante el testimonio del arte y a mí me complace mucho que podamos decir que tal vez no haya manera más segura de entender esta difícil condición, este contradictorio, promisorio y rico mundo que constituye la América Latina que a través de la expresión extraordinaria de su arte que es tan viejo como este mundo porque la América Latina en sus casi cinco siglos de existencia ha sido un mundo de continua, constante, valiosa y significativa creación humana.

De las muchas, reveladoras y profundas cosas que dice de América el escritor venezolano en sus meditaciones sobre ella he pensado en el arte, en la aportación de sus escritores, y lo que con ella nos devuelven, como en un viaje de vuelta en nuestra lengua, ya otra por suya además de nuestra, distinta y más nuestra también por ellos. No quiero comentar las profundas reflexiones y lúcidas consideraciones que lleva a cabo Arturo Uslar Pietri sobre muchas cosas en relación a América, no quiero y no me atrevería, pero sí hacer un modesto apunte, y hacerlo con sencillez, sobre la aportación que son sus escritores. De América nos llegan de regreso muchas cosas, vuelven a nosotros desde ella. Este regreso lo explica y muestra en diversas cuestiones, asuntos y circunstancias Arturo Uslar Pietri en estos libros en que reflexiona sobre América. Traigo una formulación de éste, de la realidad de éste –y este regreso es una de las cosas que hacen distinta a América, que la distingue– que encuentro en este último libro que de él leo, *La otra América*:

No ha habido acontecimiento singular más importante en la historia de la civilización occidental que el descubrimiento de América. No el descubrimiento azariento, no el hecho de que unas galeras llegaran un día a un territorio nuevo y entraran en contacto con él, sino eso que hay que llamar con su verdadero nombre, “la empresa de Indias”, como la llamaban ellos o como la llamaron luego con más justicia, la creación del Nuevo Mundo, porque allí se completó a Europa y se creó una influencia de regreso sobre el Viejo Continente que modificó todo el panorama. Cambió la economía, las artes, el pensamiento, surgieron en tierras del Nuevo Mundo algunos de los más extraordinarios monumentos que el hombre había conocido, como la fabulosa catedral de México, como las maravillas de arquitectura y de pintura que surgieron del gran proceso del mestizaje americano.

Nos lo dice muchas veces, a partir de muchas cosas. Aquí, como digo, encuentro esta formulación más –una de las últimas formulaciones que en estos libros leo–, y la traigo. Recordaba ayer que Arturo Uslar Pietri decía cómo Rubén Darío sólo podía ser hispanoamericano. Es verdad. En algún momento indica cómo esa nueva realidad pasa a la expresión y a la creación literaria de sus escritores. Nos llega, en nuestra lengua, este otro mundo nuevo. Parece que el escribir de estos escritores ha de ser otro, y muchas veces lo es, para traducir este mundo, su realidad y sus concepciones –y aquí las reveladoras explicaciones que da en el primero de estos libros que he leído, *Godos, insurgentes y visionarios*, sobre el verdadero alcance y significado del realismo mágico. En un viejo artículo, Miguel Delibes contraponía el escribir de su paisano Jorge Guillén

al de Pablo Neruda, y relacionaba estas escrituras con la sobriedad de Castilla y la exuberancia de América. Recuerdo también, además de este artículo de Delibes, un poema del poeta catalán Gabriel Ferrater, en el que dice que sabe que no puede tener la voz de los grandes patricios americanos. No recuerdo muy bien cómo lo dice, podría ir a buscarlo, pero sí que es algo así y ya me sirve. Están los escritores en cuyo escribir se encarna América y nos la traducen, nos llega en ellas, pero también son hispanoamericanos Borges y Rafael Cadenas, del que acabo de escribir, y no podríamos predicar esto de ellos. Pero también en ellos América es un regreso. Que lo es nos lo dice Arturo Uslar Pietri de diversas cosas, no sólo de la literatura y el arte, también de la política y de las ideas. Los españoles y luego distintos europeos van a querer ver y encontrar en América la Edad de Oro del mundo clásico, o situar y hasta realizar en ella la Utopía. Y las ideas ilustradas de Europa desde allí nos vuelven. Uslar Pietri nos explica cómo la independencia de los países hispanoamericanos no era un movimiento, en lo profundo, contrapuesto a España, sino que quería ir hermanado a lo que en ella sucedía, a la intención de que España también se libertara, avanzara en su progreso, a la par que lo hacían ellos. Nos comenta la incidencia que tuvo en los países hispanoamericanos la guerra civil española, que se sintió y vivió como propia. América nos llega de regreso, de regreso de ella llegamos nosotros mismos: en este regreso nos llegan ideas, conocimientos, arte, literatura. Quiero ver como una aportación especial en ese regreso, y como una de las más hermosas, la que realizan sus escritores en sus obras literarias, y también que nosotros, aquí, en España y en la vieja Europa, hemos sabido sentir como propias. Hacerlas nuestras y que sean nuestras. Es el justo y único recibimiento que merece este viaje de ida y vuelta y que también se da en ellas. Habría muchas cosas que decir, podrían parecer casi infinitas en su alcance y riqueza de significaciones y sentidos, pero yo no pretendía más que hacer un apunte de América que con sencillez esto dijera. Y, mejor o peor, ya está dicho.

AUGUSTO ROA BASTOS Y LA POESÍA



Leo la *Poesía* de Augusto Roa Bastos en un libro que con este título compré hace unos años, es decir, la vuelvo a leer. Empiezo a leer sus poemas el otro día junto a mi madre en un jardín. La poesía y el jardín. La poesía, jardín. Continúo su lectura estos días –ayer, anteayer–, los ratos que puedo. Llego hoy al último libro que esta *Poesía* incluye, *Silenciarlo*. Su primer poema, de igual título, tiene en él al viento y tras los ventanales siento y escucho cómo agita los árboles y corre por las calles esta tarde en mi ciudad mientras leo estos poemas. Pero no quiero referir sólo esta mención al viento que encuentro en este poema sino traerlo aquí. Esto dice el poema “Silenciarlo”:

a la sombra del silencio
se oye el susurro de los orígenes
la curvatura del anhelo

como el sonido del humo
se oye en la neblina
la gárrula mudez de los muertos

retornan sin ruido los ausentes
doblan la esquina de los vientos
aparecen cubiertos de polvo

con la potencia de la hierba
crecen bajo el suelo de piedra
bajo suelas de piedra.

El siguiente, “Margen”, y otro poema más allá, me hacen recordar y pensar algo –quiero decir volverlo a saber. Así dice el poema “Margen”:

en el borde interior de la página
en el blanco arenal que bordea
la selva de lo escrito
alguien espera en cuclillas con mirada de sordo
con ansiedad de miope
a que la palabra diga algo
en futuro arcaico en sonido
en voz propia
como el canto natural de los pájaros
o al menos como el ruido de un alfiler
cayendo de punta sobre la cresta del mundo.

Y éstas son las primeras estrofas del poema “Destino”:

cada uno cría su íntimo cuervo
en las entrañas de los ojos
así alguno que otro al final
puede contemplar el lado oculto
de las cosas

cada uno lleva pegado
a la sed inmemorial de los labios
el trémulo colibrí
de la materia alma
su río de rocío inagotable

cada uno está hecho de tierra
de agua de aire de fuego de anhelo
de estiércol
de nada.

Estos poemas me hacen pensar, recordar y volver a saber que un escritor en su escritura llega a un punto de equilibrio, a una hechura en la voz, hechura que puede ser también una desgarradura, pero es ya sólo ella, nada más propia de sí. El arte en literatura consiste en esto: en alcanzar o sencillamente que se dé este punto, esta medida en la voz –punto o medida quizá más que equilibrio. Y para esta medida o punto en la voz, para que en ella así se dé, y podamos a ella de esta manera sentirla, encuentro un poema de

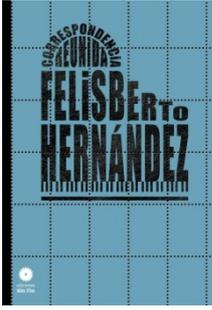
un solo verso un poco más adelante, titulado “Uni-verso”, y que dice: “en el principio todo era ya afin”, y que me hace volver a pensar en esta medida o punto de equilibrio – aunque sea el respirar de una herida, pero ésta es y se da en un respirar que es así y esto de él se puede sentir–, y que en ella quizá se vuelva a un principio, a un principio escondido que el arte logra descubrir y encontrar, y en el que se siente así, que es así –es y “era ya afin”, lo vuelve a ser en él en su encontrado decir. Me hace recordar también el acierto con que Augusto Roa Bastos definió en qué consiste en realidad el arte de escribir –el escribir en tanto que arte. Lo dice (me llamó la atención al leerlo por primera vez y lo he recordado siempre) en un texto que escribió para el Homenaje que por sus ochenta años –era 1989– hacían en la revista *El Paseante* a Juan Carlos Onetti. Dice en él que Onetti tiene una manera de decir que dice por la manera. Está muy bien dicho. Con palabras que son de una gran sencillez y son a la vez muy profundas. Acertadísimas. Viene a decir, claro, que esto distingue e identifica el escribir del escritor uruguayo para quien emplea y el pensar en él le hace nacer esta expresión, pero me parece que podría decir que así se distingue e identifica el escribir que es arte literario del que no lo es. Ésta es la distinción capital, la diferencia sustantiva y que hace que sea arte –y por tanto otra cosa. Está dicho con gran belleza y hondura. Es hermoso además que así lo diga con amistad, afecto y respeto del escribir de otro, y que es un escritor amigo –creo que este artículo dedicado a Onetti tenía en su título las palabras maestro y amigo. Recuerdo también que en una de sus últimas novelas Augusto Roa Bastos menciona también a Onetti y el mundo que desde la literatura creó de una también muy bella manera. Que se basa en la expresión más sucinta pero a la vez interminable en que con estas palabras sencillas y profundas distingue su escribir y lo que es el escribir que es arte. Es inusual y muy bello que en una obra de creación se rinda homenaje a otro escritor amigo, se dé un testimonio de aprecio de esta manera. Recuerdo cómo Adolfo Bioy Casares comentaba en unas conversaciones la generosidad que había tenido para con él Julio Cortázar al empezar con su mención y recuerdo uno de sus cuentos, y lo bello que era que esto lo hiciera precisamente en un cuento. Recuerdo que dice que quería escribirle para darle las gracias pero que lo fue atrasando y no lo hizo y al final ya no pudo hacerlo, porque Cortázar falleció en ese tiempo. Quizá por esto yo escribo estos recuerdos, estos pensamientos. Para que no se pierdan sin decirlos, o sin decirlos reunidos –reunidos y, es verdad, un poco como sea. Como salgan. Me vienen en este punto de la lectura de la poesía de Augusto Roa Bastos. Que la comprara en una edición argentina, poco visibles en general en las librerías de Barcelona, pero que me salió al paso en una de las que más frecuentaba, y que la leyera entonces y la relea ahora muestra mi aprecio por su obra. Había ido leyendo, creo, todos sus libros, y me llegó al final este final con sus poemas, que fue también –los poemas, la poesía– su principio como escritor, y que en realidad creo que recorre y sostiene y distingue y hace posible toda su obra. Aunque formalmente sea narrativa. Porque también él tiene una manera de decir que dice por la manera, y que no puede ser otra. Y esto, en realidad, es poesía. Esto es ya poesía –el arte más verdadero en la palabra. En algunos momentos de este libro de poemas, igual que algunos de estos finales me han hecho pensar en lo que me ha hecho también empezar a escribir estas palabras, me han hecho pensar en lo que es algo literario como construcción, como algo que se mueve dentro de un código y unos márgenes que conocemos, y pensar y sentir también a la vez qué lejos me siento de este código y estos márgenes. Y que esta manera de decir que dice por la manera ha de ser, además de así, de distinta y propia, no literaria sino otra cosa. Lejos de todo parámetro o convención. Esto puede así darse o no darse. Puede darse en la obra de juventud o al final de una vida, y también no darse nunca. Y así habría, hay tantos escritores con maneras propias de decir de los que no cabría pensar esto, porque esa manera de decir

se encuentra, cae dentro de la literatura. Y la verdadera poesía no es literatura. Es sola y única. En esta poesía pienso, y que sólo esto puede ser valor de y para un decir.

Recuerdo y pienso estas cosas, sí, al leer algunos de los poemas finales de Augusto Roa Bastos, en este libro que reúne su poesía completa. Puede dar idea de mi aprecio por él el que lo pusiera como lectura el primer año en que impartí la asignatura de Literatura que durante varios cursos di en la Facultad de Derecho de ESADE. Los alumnos tenían cada año cuatro libros a elegir, sobre el que al final tenían que escribir un trabajo o comentario, con gran libertad a la hora de realizarlo. Entre los cuatro libros seleccionaba siempre un autor hispanoamericano, un autor europeo, un autor español y un libro de poesía. El primer año el autor hispanoamericano fue Augusto Roa Bastos y su primera novela, *Hijo de hombre*, que me impresionó en su drama, verdad y belleza –que podemos pensar que son los de América– y encontré magistral cuando la leí por primera vez y volví a leer por este motivo de ponerla como lectura a los alumnos ese año. También la recorre y sostiene la poesía. Creo recordar que un escritor, y me parece que un escritor amigo, daba a entender en algo que escribió sobre Roa Bastos que se podía percibir cómo venía de los cuentos, cómo era un escritor que hasta ese momento había escrito cuentos y esta primera novela más que una novela en realidad era como cuentos seguidos. Pensé que era un juicio un poco absurdo. No sabía si era así, pero poco importaba. La escritura de un escritor encuentra caminos. Y es una novela espléndida, una obra de arte. Recuerdo también que en la ocasión en que presenté a Guillermo Schavelzon el día en que daba una conferencia en el Departament d'Activitats Culturals de ESADE, pues como profesor de la asignatura de Literatura allí recibí este encargo de presentarlo y tras su conferencia entablar un diálogo con él, le mencioné que siempre había, entre las lecturas, un autor hispanoamericano, y que el primero de ellos había sido Augusto Roa Bastos y su novela *Hijo de hombre*. Pareció sorprenderse. Guillermo Schavelzon era el agente literario de Ernesto Sábato, amigo de Roa, de quien escribió un merecido elogio en uno de sus libros finales, y pensé le agradecería. Pero fue aquella una buena tarde, interesante la conferencia y grata la conversación antes de ella –en que esto le dije– y también así el diálogo que tuvimos al terminar ésta.

Recuerdo y digo. Siento. De la poesía, del arte. De la memoria. Me entran ganas de releer cuentos y novelas de Augusto Roa Bastos, y así espero hacerlo. No creo que me decepcionen sino que me confirmarán mi estima y aprecio por él. Pero me lo ha traído la poesía, algo recordar del decir y su manera que él dice y distingue en el escribir lo que es arte de lo que no lo es –de una manera muy sencilla dicha, pero a la vez acertado y profundísima– en el momento de leer algunos de sus poemas finales, y pienso que hay una justicia y una correspondencia con la naturaleza más profunda, verdadera y secreta de su escribir el que así haya sido, el que sea la poesía –quiero decir– quien me lo haya traído al corazón y al pensamiento y la memoria y desde ellos me haya hecho hilvanar estas palabras.

FELISBERTO HERNÁNDEZ



Tengo noticia por la prensa de la publicación de la *Correspondencia reunida* de Felisberto Hernández, y la encargo en una librería cercana. Cuando me avisan que les ha llegado voy a buscarla y la empiezo sin falta. Será otra manera de vivir y acercarse a Felisberto, a quien he vivido y me he acercado. Recuerdo que, justo el día en que se cumplía el 50 aniversario de su muerte, Gabriel Saad se fijaba en Casa de América, en Madrid, antes de empezar el acto en homenaje al escritor uruguayo en el que participaba por su gentil invitación, en la edición española de sus cuentos, que es la que yo tenía y llevaba y en la que los leí –me refiero a las *Narraciones incompletas* que con este título publicó Siruela. Gabriel me decía que no la había visto antes, aunque había oído hablar de ella –de esta edición española–, y, al hojearla, me comentaba que no constaba el responsable de la cronología. Es verdad. Veo que le han consultado algún punto, como experto, para situar alguna de las cartas de este volumen. Recuerdo aquel día de enero de 2014 en Casa América de Madrid, y el Congreso de noviembre de ese año en la Universidad de Milán y la de Bérgamo, en el que también tuve el gusto de participar. Aquel día de noviembre en Bérgamo realicé una intervención oral, de palabra, quiero decir que aunque llevaba el texto ya escrito que se publicó después con el que correspondía a las demás intervenciones, no quise leerlo sino volverlo a decir. A decir y a pensar y a sentir, para quienes allí estaban y me escuchaban. Y para Felisberto, su arte y su memoria. La relectura de sus cuentos, y el meditar sobre ellos, el a ellos intentar acercarme desde las perspectivas que ellos mismos me sugerían nutrieron mis intervenciones en estos actos. Y el disfrute de ellos y el asombro con ellos, otra vez, y que pienso podría volver a sentir si los relejera de nuevo, aventura gratisima que me prometo. Pero pienso que es bueno, que ha de agradarme acercarme al artista desde sus cartas. En aquellas intervenciones destacué entre otras muchas cosas conceptos y obsesiones recurrentes en Felisberto que podía sorprender destacara como podía sorprender por ser cercanos a la mística –a la poesía y a la mística–, como la soledad, el silencio, la oscuridad. Y el misterio. El misterio que se revela en el verdadero arte, que con asombro encuentra desde una percepción singular. Nos habla de esta percepción y esta aventura singular del hacer arte, del encontrarlo y desentrañarlo, Felisberto en sus cartas. Así nos dice en una del 9 de octubre de 1935:

En tanto al misterio te diré que creo ciegamente en él, que lo adoro y que es el Dios que mueve los más grandes espíritus, que también les da placer y que también los tienta a que lo destruyan. Pero eso de que lo reducirán, jamás. Yo siento que cuanto más se sabe, más se agranda el misterio; que cuanto más sabe el artista, más profundo y de mejor calidad se vuelve lo que no sabe. Y esto desde el célebre “sólo sé que no sé nada” de Sócrates.

En carta del día 1 de junio de 1940 expresa su deseo de “componer con el nuevo material de la palabra hablada, con la ilusión de tocar resortes misteriosos”, y, más adelante, en carta fechada los días 28 y 29 de agosto de 1940, escribe:

Las palabras son un esfuerzo y ese esfuerzo es porque se siente que las palabras son al mismo tiempo profanación; y hasta es profanación el “silencio elocuente”. Pero lo mismo todo es silencio, y yo quiero encontrarme contigo en el silencio que hay detrás de las palabras y tengo que amontonar palabras hasta hacer un muro; y con miedo de que sea antipático. Además, estando tan lejos no podemos vernos el silencio en que sin duda haremos algo, tendremos expresión con medios desconocidos. En el intento de buscarte no sé si te busco para ofrecerte algo o para pedirte algo.

Y, entre ellas, en carta de los días 21 y 22 de agosto de 1940, escribe:

Provisoriamente –y ya hace tal vez como diez años– se engañe uno mismo con acción superflua justificada por “la necesidad” y los problemas de toda índole que a ella se complican; también la cosa se puede engañar por el placer en el conocimiento en su sentido cientifista. Sin hacer “falsa oposición” entre lo que nos da la ciencia y lo que nos da todo lo demás, la ciencia nos engaña porque da, en ciertos sentidos, cimientos, porque da placer intelectual y del otro en el conocimiento, con todo el matiz de pecado bíblico que tenga el placer de conocer; y también porque nos provoca recuerdos parciales de cosas vividas, porque entrar en un mundo nuevo tiene gran emoción. *PERO* falta la corriente total y libre de *toda* la vida, sentida en su más extraña forma de totalidad, sintiendo circular el misterio que no puede sentirse con cualidad pensante. Y entonces, el arte. Cuando leía en Unamuno que el filósofo era un poeta, me juré no dejar de tener fe en lo que tanto sentí; porque sentí juntas las ganas de pensar a veces y las de hacer un cuento.

Creo que debí acudir a Julio Ramón Ribeyro en mis exposiciones en aquellos actos en relación a Felisberto y su percepción y su arte, la revelación y encuentro del misterio en él. Me viene de nuevo al recuerdo, por una recordada observación de sus *Prosas apátridas*: “Mi error ha consistido en querer observar la entraña de las cosas, olvidando el precepto de Joubert: ‘Cuídate de husmear bajo los cimientos’”. Pienso que me gustaría releer los cuentos de Julio Ramón Ribeyro, disfrutarlos de nuevo. En su diario *La tentación del fracaso* detalla los escritores de cuentos que se llevaría a una isla desierta, y recuerdo que yo lo refería en clase cuando lo daba, para decir que personalmente yo lo añadiría a él. Sin duda. De Julio Ramón Ribeyro leí en la edición española *Prosas apátridas*, su diario –cuando aquí se editó, pues quise que se me trajera de Lima en su edición peruana pero me fue difícil. Sí leí gracias a la edición en su país sus cartas a su hermano en dos volúmenes, *Cartas a Juan Antonio*, que mi hermana Elena, que vivía en Lima, de allí me trajo. Cartas, diarios, prosas misceláneas y lúcidas para acompañar el arte de un creador de cuentos. También ahora las cartas de Felisberto. Recuerdo las frecuentes anotaciones de París de Julio Ramón Ribeyro en sus diarios, pues allí vivía, y quiero traer esta impresión sobre esta ciudad de Felisberto Hernández que encuentro en una de sus cartas:

Bueno, usted querrá que le hable de París. ¡Qué difícil! Ya he perdido la primera impresión. Me asombraba el color de las casas, de un viejo ahumado muy raro, de la saturación más llena de encanto. Después, claro, las parejas que se besan por las calles –algunas ni siquiera se detienen, para eso– en los “metrós”, en las colas de los cines, etc. Oh! Lo más cruel son las colas; y en invierno! 12 bajo cero inyectado con un vientecillo ultra despiadado. Pero a uno le ataca, de la mañana a la noche, la locura de ver. Hay calles angostas y silenciosas, que dan la sensación de que el ruido de los pasos producirá el derrumbe de las casas: tienen vientres enormes y ya parece que van

a dar a luz, gente, máquinas de coser, de todo. Algunas están sujetas con palos; pero los palos se pudren, se caen y las casas siguen en pie. Todo lo novelesco, amontonado en siglos, aparece profuso, monstruoso, y uno no deja de asombrarse nunca.

Lo que encontramos en las cartas, en las anotaciones. Lo que nos acompañan. Recuerdo una observación de Manuel Altolaguirre en la “Confesión estética” que escribió y publicó Camilo José Cela en *Papeles de Son Armadans* al final de su vida y que con tanta frecuencia he mencionado. Ésta es la observación que desde la memoria ahora me llega: “Aún no he llegado a ser un buen lector de mi poesía. Aún no he logrado sentir todo lo que espero haber dicho”. Pienso que, si vuelvo a leerlos, los cuentos de Felisberto aún tendrán muchas cosas que decirme. Aún guardan secretos y significaciones para mí, me están esperando aún en ellos. A que los encuentre, a que despierten al roce y al calor de una nueva atención. Así espero hacerlo, así sería bueno que la edición y lectura de sus cartas a ellos de nuevo llevaran. Los hicieran, como en el título también de Altolaguirre, islas invitadas. Islas por aisladas y por únicas, por singulares, también por las ínsulas extrañas de San Juan de la Cruz a las que sin duda remiten, e invitadas porque podemos celebrarlas, sentirlas como hechas y dichas para nosotros en nuestros adentros, y que los sentidos y misterios que en ellos nos despiertan los guardaban, sí, nos esperaban, nos estaban esperando, esperaban a que con nuestra nueva lectura y nuestra sensibilidad despierta y atenta los invitáramos. Y así estas narraciones, también islas, fueran menos incompletas, por de algún modo completarlas un poco más nosotros, de algún modo y en cierta medida –esto vale el un poco más–, pero no del todo, pues una obra de arte sigue siempre abierta y siendo, siempre, una invitación ofrecida. Es, continúa siendo una isla invitada. Esto es cierto, pero especialmente lo es, pienso, de los cuentos y narraciones de Felisberto Hernández, y la lectura de sus cartas me hace así sentirlo y desear volver a ellas. Islas invitadas.